

La Esfera

31 Marzo 1917

Año IV.—Núm. 170

ILUSTRACION MUNDIAL



BAILARINA ESPAÑOLA, dibujo de Eduardo Álvarez

DE LA VIDA QUE PASA ESCUELA DE LAS COSTUMBRES...

Para S. y J. Alvarez Quintero

EN nombre de los pesimistas, de los que comenzamos á creer en una España irredenta é irredimible, les ofrezco estas modestas líneas de desagravio. Creía yo—y así lo esperaba—que alguien, de las muy altas autoridades que tiene la Prensa diaria, hubiese tomado la iniciativa de que los escritores todos y cuantas personas estimasen en algo los fueros de la cultura, ofreciésemos á ustedes una reparación del grosero y lugareño agravio que han recibido de un público distinguido y elegante, bien comido y bien trajeado, en la propia corte y corona de la Monarquía. Acaso, mejor que de un periódico diario, debió haber surgido la idea en el Ateneo, en la Sociedad de Escritores y Artistas, en el Círculo de Bellas Artes, en la Residencia de Estudiantes, ó en la propia Academia de la Lengua y aun más característicamente en la de Ciencias Morales y Políticas, que por lo menos debiera dedicar uno de sus concursos sobre Derecho consuetudinario y costumbres populares, á esta bárbara y grotesca de patear y vociferar en el teatro, como lo hacían en el Corral de la Pacheca los súbditos de los Felipes de Austria, cuyo tiempo de Lermas, Calderones y Olivares resucitamos felizmente á la hora de ahora.

Como véis, tenemos sobrados centros y órganos de cultura, con sus académicos, sus profesores, sus farautes, sus oficinas, sus empleados y sus porteros, y aunque lo fundamental, que es la cultura ambiente, es sólo una apariencia, yo, humilde foliolario, no podía tomar la iniciativa de que nos hubiésemos reunido en el pórtico de Apolo, lugar del agravio, los escritores profesionales, máximos y mínimos, y llevando de la mano á Don Benito, ciego de tanto haber amado á España e millares de cuartillas, y casi mendigo por haberlas escrito en España, ir hasta vuestra casa á pedirles que perdonen á esos españoles á quienes se les escapó la grosería y la inculpa que no pudo arrancarles la escuela ni el Instituto, ni acaso la Universidad misma.

Lo malo es que esos españoles que en el teatro de Apolo eran un centenar ó dos, en España son miles de millares y, acaso, millones, que no está nuestro mal en el analfabetismo, sino en la ineducación de los que conocen la mecánica de leer y escribir, y en la falta de sensibilidad moral y de espiritualidad de infinitas gentes, que tienen en su despacho un cuadro con el título de pergamino y en su gaveta el talonario de cuentas corrientes.

No se indignarán las gentes de esta laya contra los políticos que después de haber reducido las lindes de la Patria al viejo solar, imponen como normalidad única de derecho un régimen de favor y de conculcación y burla de todas las leyes; no se indignarán contra los agiotistas y los negociantes que merodean alrededor del Estado; no se indignarán contra la torpeza gobernando, la rutina dirigiendo la administración, la malicia y la cuquería y el egoísmo sustituyendo al espíritu de la raza; no se indignarán contra la incapacidad en el interior y el desdoro en el extranjero... Se indignarán contra un autor cómico que un día no acertó á hacerles reír tanto como deseaban...

Acaso, esa manifestación de escritores que yo hubiera querido proponer, fuera más que un desagravio y una reparación que la cultura pública debe á los Quintero, un acto de contrición, porque bien mirado, ¿quién de nosotros, periodistas y comedidos, no ha contribuído, por cooperación ú omisión, á este singular estado de nuestra opinión pública donde todas las osadías ilícitas triunfan; donde todas las amenazas, desde la del revolucionario á la del taurino, se imponen; donde

todas las groserías encuentran halago; donde todas las decadencias hallan disculpa?...

Hay, sin duda, en España, todo un código de costumbres, todo un régimen de policía de costumbres, que ahora se ha enriquecido con el reglamento de las corridas de toros que ha asaltado estos días las columnas de la *Gaceta*, á falta, sin duda, de prosa gubernamental más decorosa. Pero las leyes de ese Código, desperdigadas por cien páginas del Alcubilla, como las demás leyes españolas, se cumplen sólo á medida del gus-

de millares de vidas. Quien quiera hacer sincero examen de conciencia verá cómo se siente contagiado de este mal del chiste, de la desaprensión de la despreocupación, del disgusto y del cansancio de todo lo serio, de todo lo colectivo, para atender exclusivamente á su ganancia y medro, de cualquier modo, y á su placer, á cualquier costa.

Esos españoles que patearon, cocieron, gritaron é injuriaron en la sala de Apolo, sin respeto á la altísima labor literaria de los Quintero, sin



D. Joaquín y D. Serafín Alvarez Quintero, en su gabinete de trabajo

FOT. CAMBIA

to de la autoridad. Todo el espíritu liberal de nuestra época ha venido á condensarse en una incivil tolerancia con el mal y con el vicio. Constituye una política—acaso una sabia política, ¿verdad, señores La Cierva y Maura?—dejar al hampa, señora y dueña de las calles de Madrid, tolerar timbas á los tahures y cafetuchos y tablajillos, y hasta casi teatros, á los explotadores de imbeciles mujeres, señoritos chulos, viejos rijosos y niños precoces.

Este espíritu del hampa triunfadora se va apoderando de las clases medias; comienza á ser elegante en grandes hoteles que tienen un piso para conferencias políticas y otro para bacanales baratas; una hora para exposiciones benéficas y otra para alucinación de pobres modistillas. Este espíritu, que se condensa en el político desaprensivo, en el torero enriquecido y en la cupletista sin arte y sin voz, es la literatura de nuestros periódicos, es la conversación en los cafés, es el diálogo en los sainetes, es la ocupación y preocupación únicas

consideración á las artistas—al fin, mujeres—y á las mujeres que asistían al espectáculo, son irresponsables. Ni siquiera puede parodiarse en ellos lo de que no saben lo que hacen. Sí lo saben. Hacen lo que se les enseña, lo que se les inculca, lo que ven en la sociedad en que viven, lo mismo que hacen las clases directoras en otros órdenes fundamentales de la vida.

Decía el pobre Canalejas, asesinado tan á tiempo y con tan refinada sensualidad del goce de las consecuencias, que la Política era, más que una pedagogía, la única pedagogía. Así como los antiguos preceptistas de Literatura llamaban al teatro *escuela de las costumbres*, Canalejas llamaba á la Política *escuela de la vida*.

Como véis, amigos Alvarez Quintero, que tan jugosa renovación de realidad y de ingenio trajisteis al teatro español, la escuela á que asiste España da buenos discípulos.

DIONISIO PEREZ

LA ESCULTURA FRANCESA



"Psiquis", bellísima escultura de J. Pradier, existente en el Museo del Louvre, de París

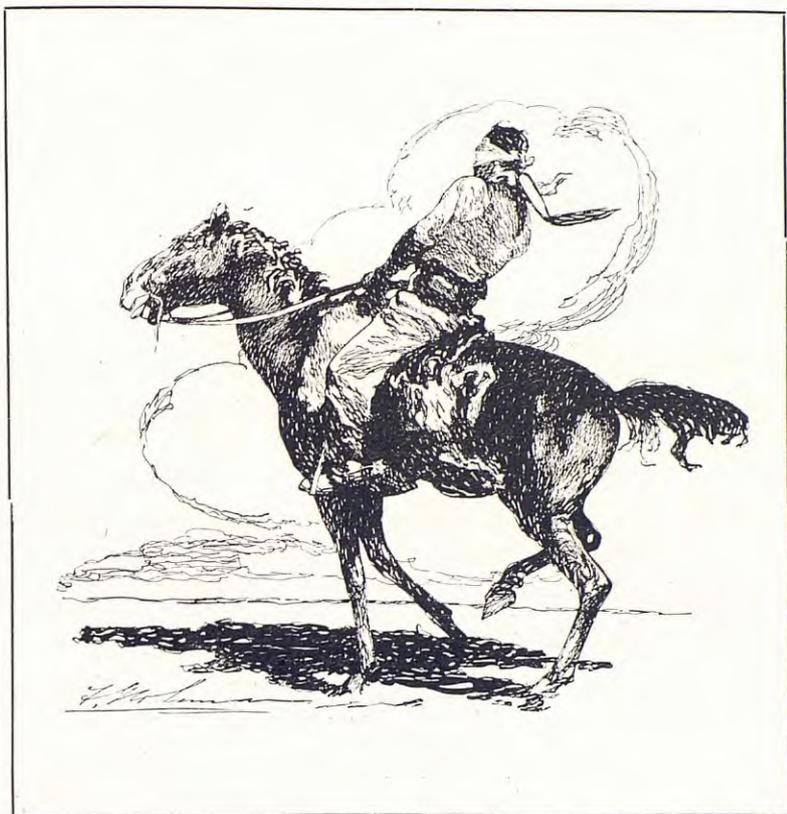
LA ESFERA

TIPOS BONAERENSES

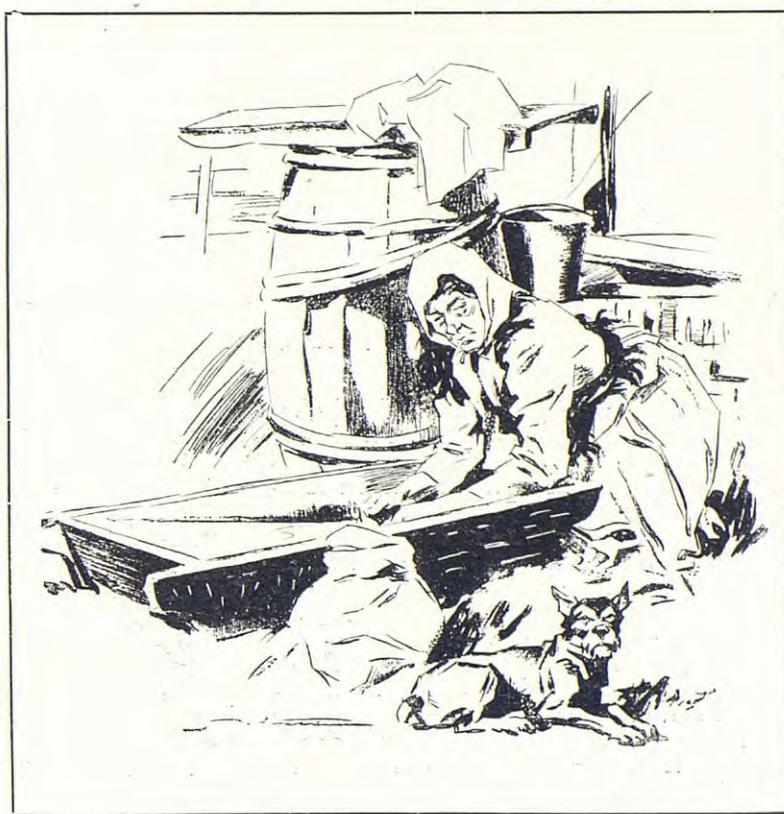


EN PALERMO, dibujo de "Centurión"

BELLAS ARTES
LA CARICATURA ARGENTINA



"El domador", dibujo de Hohmann



"La lavandera", dibujo de Peláez

PROMETIMOS en el artículo dedicado al dibujante Juan Alonso (1), que es uno de los prestigios más sólidos y admirables del arte de la ilustración en Buenos Aires, consagrar también detenida atención á la caricatura y al dibujo decorativo argentinos.

Hoy se cumple esta grata promesa. Las tres páginas á todo color y gran número de las impresas á dos colores del presente número de LA ESFERA, están destinadas á reproducir algunas obras de artistas nacidos en La Argentina ó que su larga residencia en la República del Plata autoriza ya á considerarles como dibujantes argentinos.

Completemos ahora esta labor informativa con algunos comentarios críticos acerca del desarrollo y evolución del arte humorístico en Buenos Aires, no sin hacer constar previamente que ha facilitado

(1) Véase el núm. 146 de LA ESFERA.



"Almafuerte, gran poeta argentino", por Mayol

con mucho nuestra tarea de recopilación de datos y documentos gráficos el ilustre periodista E. Dupuy de Lome, que dirige actualmente P. B. T., después de haber sido elemento de positiva influencia en Revistas de tanta importancia como *Caras y Caretas*, *Plus Ultra*, *Crónicas de Oro*, *Crítica*, etc.

□□□

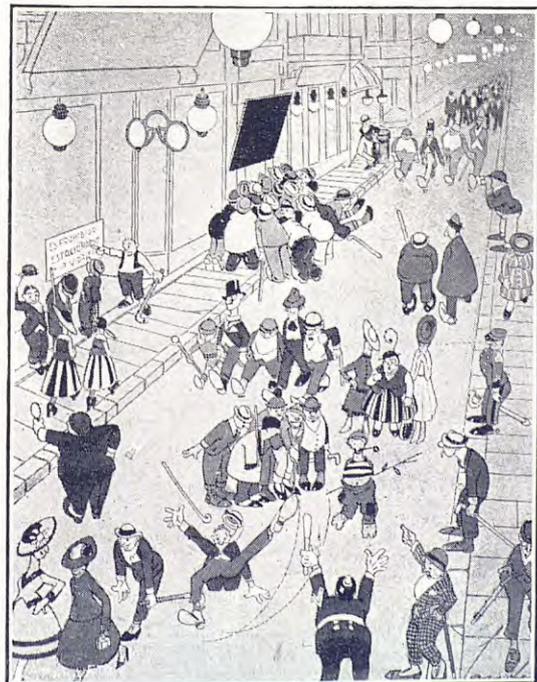
Como dice muy acertadamente el ilustre dibujante José M.^o Cao: «se nota, desde luego, que la caricatura en el Plata no tuvo por sí misma carácter que la distinguiera; los documentos que nos quedan sabemos que son nacionales por los asuntos que tratan.

Estos documentos se conservan en el Museo Histórico Nacional de Buenos Aires. No muy antiguas, porque datan de comienzos del siglo XIX, las primeras caricaturas porteñas están supeditadas á los sucesos políticos de la época.

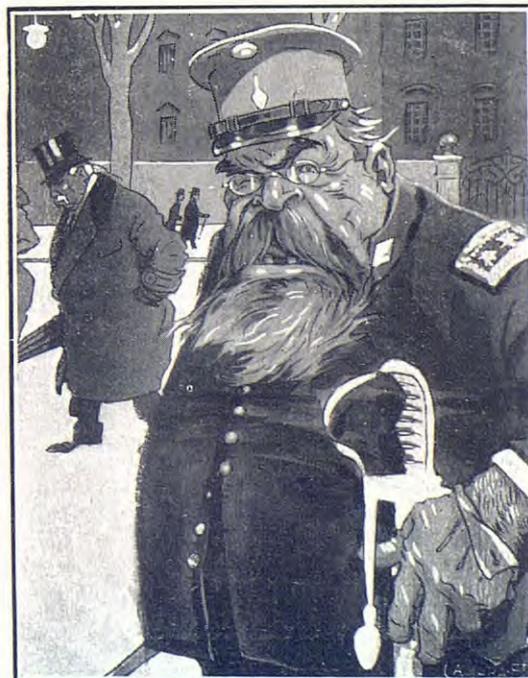
Pertencen casi todas á la iconografía satírica

del general San Martín, y son de una intención ingenuamente agresiva y de una tosquedad lineal muy graciosa. Como en los lejanos siglos los caricaturistas griegos y romanos á sus héroes y semidioses, estos primeros caricaturistas porteños dan á los personajes que caricaturizan formas de animales. De burro como simbólica expresión de torpeza é ignorancia; de tigre, como reproche de ferocidad; de buitres cerniéndose sobre los campos de batalla.

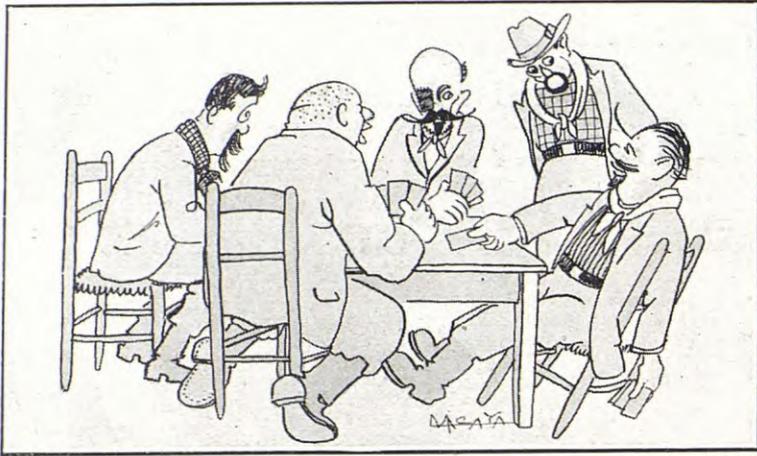
Modelo de este género caricaturesco es un dibujo fechado en 1819 y que se atribuye al general Avelino Carrera. En él está representado San Martín con orejas de asno, montado sobre un burro que tiene el rostro de O'Higgins y arreado con un látigo al pueblo chileno, simbolizado por mansos y plácidos corderos. Detrás del jinete y de su cabalgadura Puyredon entrega unas bolsas de dinero á Tagle, que las recibe de rodillas.



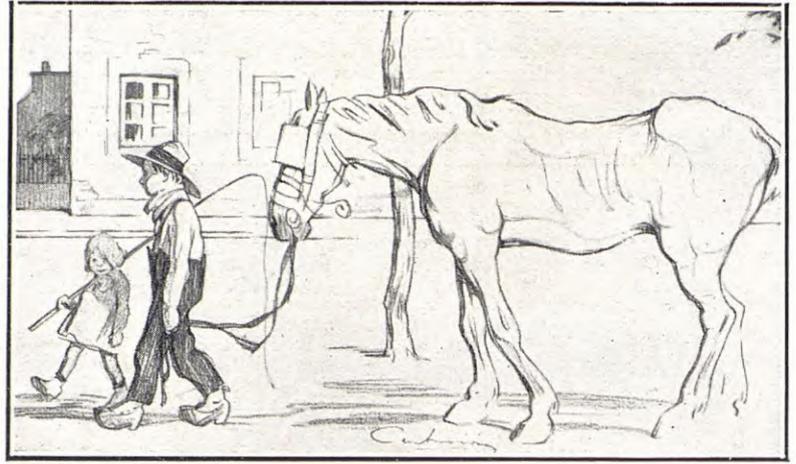
"Five o'clock Florida", por Lanteri



"El general Ortega", caricatura por Cao



"Una tertulia", por Macaya



"En las calles de Buenos Aires: El Matungo"

Responde esta caricatura á la hostilidad ofensiva, al odio del partido carrerista-alvealista, y vibra en ella el mismo ímpetu satírico que en los artículos de Diego José Benavente, escritor chileno de la época.

También es muy característica y representativa del momento, otra caricatura fechada en 1824 referente á la entrada de San Martín en Buenos Aires, y que representa al libertador de Chile y del Perú con cuerpo de tigre y corona real...

Bajo la tiránica dictadura de Ortiz de Rosas, la caricatura argentina se eclipsó momentáneamente. No era hombre aquel, á quien sus amigos llamaron «el héroe de las Pampas», que consintiera ser ridiculizado y escarnecido por dibujantes más ó menos anónimos. Las escasas caricaturas que se conservan de aquel período de historia argentina, son antes jeroglíficos indescifrables, por tan oculta como querían dejar su intención, que obras de algún interés artístico. En cambio, no puso el dictador obstáculos á que fuera conocido y popularizado el dibujo en que se le veía á caballo, cazando gallardamente á lazo un toro que simbolizaba la invasión anglo-francesa y con el siguiente epígrafe: «No, amigo; así no es. Párese que tenemos que ajustar cuentas. ¡Oiganle al inglés viejo que lindo le he sujetao!... ¡Y se largava!...»

Vienen luego los dibujos de Pellegrini y de Faria; se empiezan á publicar los primeros semana-



"Tórtola Valencia", por Columba

algunos dibujantes: París, Olerice, Soncup y Damblans.

Pero el punto de partida del verdadero arte satírico en la Argentina se debe á tres españoles: Eduardo Sojo, Manuel Mayol y José M.^a Cao.

Eduardo Sojo (*Demócrito*) funda en 16 de Agosto de 1884 el semanario *Don Quijote*, semanario que había de tener decisiva influencia en la vida política de la República del Plata. Aparecen de nuevo las caricaturas zoológicas, los bestiales simbolismos en un estilo tosco y desdeñoso de toda corrección; pero con un sentido agudísimo y una buida intención que hicieron temible á *Demócrito*.

Pronto, frente á la personalidad vigorosa y bien definida de Eduardo Sojo, comienzan á destacarse las otras dos, no menos valiosas entonces y luego más depuradas, correctas y artísticas, de Mayol y Cao. Mayol firmaba sus dibujos en *El Guerrillero* con el seudónimo *Heráclito* y Cao los suyos en *La Bomba* y *La Guerra* con el de *Demócrito II*.

Por último, surge *Caras y Caretas* en Octubre de 1896. Fundan esta Revista José S. Alvarez (*Fray Mocho*), Eustaquio Pellicer y Manuel Mayol, que dibujó la portada del primer número.

Caras y Caretas estaba destinada á recoger en sus páginas el período más interesante y más admirable de la historia de la caricatura argentina.

S. L.



"Invitación", dibujo de "Pe'e'e"

rios humorísticos. Bajo la presidencia de Bartolomé Mitre, como otros aspectos de la vida nacional, adquieren significación y carácter propios.

Surgen sucesivamente *Las Calamidades de Buenos Aires*, de Perillán Puxó; el *Antón Perulero*, de Villergas; *El Mosquito*, de Enrique Steim; *La Presidencia*... Incierta todavía la orientación caricatural, se destacan algunos nombres de



"D. s ingénuos", por Columba

LA ESFERA
TIPOS ARGENTINOS



EL PAYADOR, dibujo de Peláez

LOS MODERNOS DIBUJANTES ARGENTINOS



HUERGO



"SIRIO"



ALVAREZ

EMILIO Dupuy de Lome, en un interesantísimo artículo titulado *Nuestros humoristas* y publicado hace cuatro ó cinco años en la revista *Crónicas de Oro*, de Buenos Aires, fijaba en cuarenta y nueve el número de dibujantes contemporáneos que han logrado destacar sus diferentes personalidades en los periódicos argentinos.

«De estos cuarenta y nueve—decía el ilustre periodista—veinteseis son españoles, seis italianos, cinco argentinos, tres franceses, dos uruguayos, dos alemanes, un austriaco, un peruano, un chileno, un inglés y un guatemalteco.

»Son los siguientes:

»Alonso, de *La Razón*; Arnó, el malogrado «monista» de *Caras y Caretas*; Barrantes Abascal, de la Escuela de Boronali; Benavente, actualmente en Chile; Boronali, de *Crónicas de Oro*; Cao, de *Caras y Caretas*; Caro; Castro Rivera, de *La Nación*; Dybowski, el más joven de todos y quizás el más propietario; Escobar, de *Ultima Hora*; Eusebio Fernández Peña, especialista en la mancha; Fortuny, que gozó en su época de gran popularidad; Friedrich, de *Caras y Caretas*; Giménez, desaparecido en plena labor por desgracia; Hamilton; Hohmann, el rey del chiste malo; La Croix; Lambrecht; Llinas, hoy transformado en floreciente industrial; Málaga Grenet; Malharro, fallecido no ha mucho; Mayol, que disfruta de sus rentas en Cádiz; Me-

lina; Merelo, actual director de *Mundial y Elegancias*, de París; Navarrete de *La Vida Moderna*, cuyo ingenio, un tanto ofensivo, se ha resuelto más de una vez en árnicas; Olivella, de *P B T*; Peláez, de *Caras y Caretas*; Pelayo; Pelele, que vegeta en París; Radaelli, llamado con

Veamos, por ejemplo, el caso de Ribas, con cuya asidua colaboración se honran las publicaciones de «Prensa Gráfica».

Federico Ribas es español, nacido en Galicia, pero se ha formado artísticamente en Buenos Aires. Como Alonso, como Málaga Grenet, como Alvarez, como «Sirio», es un gran caricaturista y un gran ilustrador. Con la misma fortuna ve é interpreta los tipos grotescos y satiriza las costumbres, que sabe encontrar bellas armonías decorativas é identificarse con los más opuestos temperamentos literarios en comentarios gráficos de refinadísima elegancia.

Pero este arte proteico de Ribas no se parece en nada al de otros dibujantes españoles formados aquí en Madrid ó en París. Se parece al de sus compañeros de ayer en la Argentina. Por lo tanto, es necesario reconocer que existe ese arte inconfundible y afirmativo.

ooo

Muerto Eduardo Sojo, olvidado Stein, el decano de la caricatura argentina es José M.^a Cao.

Cao nació en Santa María de Cervo, un pueblecillo de la provincia de Lug., el año 1862. Su padre estaba empleado en la antigua y célebre fábrica de Sargadelos y allí comenzó á dibujar el futuro *Demócrito II*. A los dieciséis años ingresó como dibujante y dorador en una fábrica de loza de Gijón. De allí se trasladó á Madrid



"PELELE"

justicia el Debussy de la caricatura, autor del famoso fresco «Los eternos dolos»; Redondo, del *Mundo Argentino*; Ribas, de *Crónicas de Oro* y lo que se presente; Rojas, de *P B T*; Sachetti; Santos, cuya comunicativa alegría es proverbial; Sanuy, en «relache»; Sixto; el famoso Sojo; Soucoup; Steiger; Stein, que continúa viviendo del lápiz, á tanto la docena; Tolmo, de *P B T*; Utrillo, de *Crónicas de Oro*; Vaccari, autor de muy buenos afiches; Van Riel, de *La Prensa*; Villalobos y Zavattaro, de *Caras y Caretas.*»

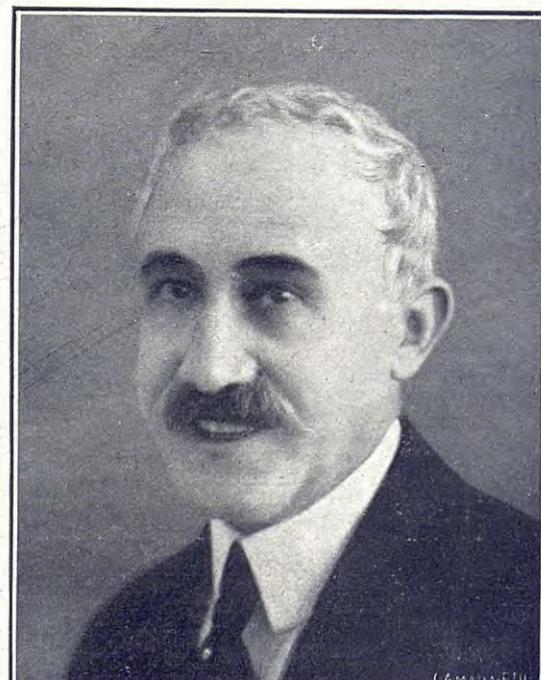
No incluía en esta lista, aunque ya anunciaba su aparición, los nombres de Columba, Sirio, Centurión, Parpagnoli, Elizate, García, Puch, Quesada, Hoyo y otros, de entre los cuales habían de destacarse bastantes.

Hay en este pequeño mundo de la caricatura argentina la misma diversidad de elementos constitutivos que en otros aspectos de la vida porteña. Buenos Aires es la cosmópolis moderna. A ella acuden los hombres de la vieja Europa en busca de pan ó de gloria. La gran República acoge bondadosa y ecléctica á todos y, ya teniéndoles en su seno, les transforma, les argentiniza, y de sus idiosincrasias individuales obtiene una idiosincrasia colectiva que acaba por representar exactamente el espíritu nacional.

Puede, por tanto, afirmarse, que existe una caricatura verdaderamente argentina.



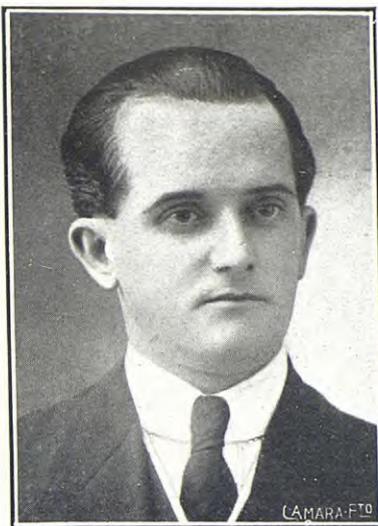
MAYOL



CAO



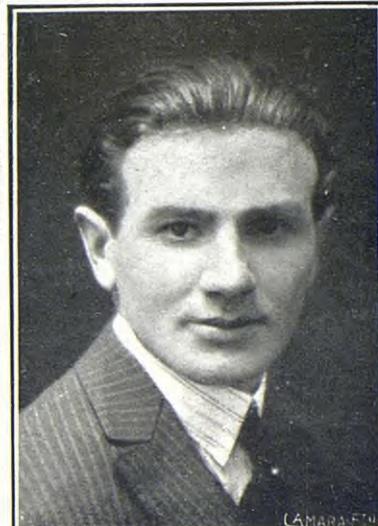
COLUMBIA



ESCOBAR



MACAYA



"CENTURIÓN"

para ampliar sus estudios artísticos. Por último, el año 1886 emigró con sus padres y una hermana a la República Argentina.

Manuel Mayol es contemporáneo de Cao. Nació en Jerez el año 1865 y estudió dibujo y pintura en la Academia de Bellas Artes de Cádiz. Era casi un niño cuando llegó a Buenos Aires por los años de 1881 a 1882. Pronto logró destacarse en *El guerrillero* y en *Don Quijote*.

Manuel Mayol fue uno de los fundadores de *Caras y Caretas*. Al cabo del tiempo, después de un breve retorno a la patria, Mayol vuelve a intervenir directamente en la admirable revista.

Mayol, cultiva, además de la caricatura personal, los dibujos a pluma. En este último género es un verdadero maestro. Se adivina en el sabio trazado donde se funden la suavidad y la fortaleza, cómo es para él un deleite interpretar paisajes y arrancar en los rasgos fisonómicos la psicología de los personajes retratados con excepcional fortuna.

Españoles también Rojas y Navarrete lograron ambos rápido renombre apesar de que las sendas técnicas de ambos quedan un poco retrasadas de las orientaciones modernas. Pedro de Rojas ha sido mucho tiempo el director artístico de *P B T* y el dibujante político de la *Crítica*.

De otro español, Juan Alonso, hemos hablado recientemente en estas mismas páginas con el debido elogio. Su revelación artística fue una sorpresa para los profesionales.

Igualmente españoles son *Sirio*, Escobar, Macaya, Peláez y Redondo.

Sirio es el más joven de todos y sus dibujos tienen sello personalísimo y fuerte. Nació en Asturias hace veinticuatro años, lleva seis en la Argentina y sólo hace tres que dibuja. Observador penetrante y sagaz crea al lado de escenas con tipos y costumbres de los suburbios y de los bajos fondos bonaerenses, palpitantes y enérgicas de verismo, ilustraciones literarias donde la imaginación conceptiva y el arabesco lineal se complementan para causar emoción sutilísima de belleza. Y, sin embargo, este mozo,

según él confiesa, «dibuja de oído». Es decir, no ha aprendido jamás el dibujo, ni asistió a ninguna Academia, ni soportó a ningún profesor.

Macaya ilustra artículos humorísticos en *Fray Mocho*. Sus monigotes contorsionados, divertidísimos, de una estilización regocijada, fraternal de la de Bagaría, son muy populares en

es muy parecida a la de Alonso. Cultiva como este joven maestro, la caricatura personal, el dibujo decorativo y las ilustraciones artísticas.

Mario Zavattaro es italiano. Alterna los dibujos en *Caras y Caretas* y otras importantísimas ilustraciones con la lucha greco romana.

Y llegamos al grupo de los dibujantes argentinos verdaderamente tales, puesto que todos ellos han nacido en la República: Alvarez, «Pelele», Huergo, Lanteri, Columba y «Centurión».

Eugenio Alvarez es un gran artista. Domina el color y la línea de un modo portentoso. Actualmente dirige *Caras y Caretas*, y en esta revista y en *Plus Ultra* publica páginas de tan positivo mérito como la portada de este número de LA ESFERA.

Huergo es un verdadero humorista. Sus caricaturas tienen hilarante gracia y sus escenas de tipos infantiles una gran riqueza observadora.

Pedro Zavalla, que ha hecho popular el seudónimo de «Pelele», es un caricaturista elegante e intencionado. Además de dibujar en todas las principales revistas de la Argentina, ha sido colaborador de los más importantes semanarios franceses.

Arturo Lanteri comenzó dibujando en la *Revista Cinematográfica* y de ella pasó a *El Hogar*. Su especialidad son los dibujos de multitudes, como los del francés Cappy y nuestro *Tito*. Se distingue, además, por la gracia e intención de la línea.

Idénticos elogios pueden hacerse de Centurión y Columba. Muy jóvenes ambos, puesto que el primero tiene veintidós años y veintitrés el segundo, ya empiezan a adquirir sólidos prestigios.

Tales son, a grandes rasgos, y supeditando el deseo a la tiránica brevedad de la falta de espacio, los dibujantes que contribuyen actualmente al prestigio periodístico de *Caras y Caretas*, *Plus Ultra*, *Fray Mocho*, *El Hogar*, *Vida Moderna*, *P B T*, *Mundo Argentino* y tantas otras revistas de merecido renombre en América y en Europa.

SILVIO LAGO

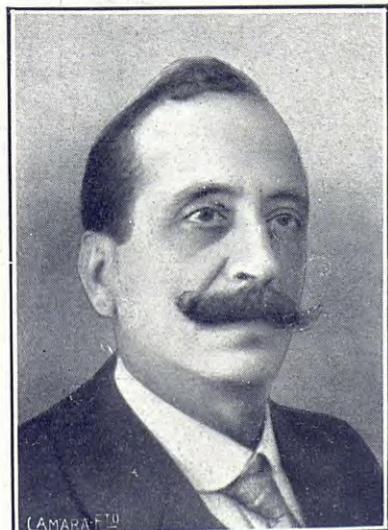


MÁLAGA GRENET

Buenos Aires. Como también lo es el tipo de *Sarrasqueta* creado por Redondo y que hace el comentario cómico de la semana en *Caras y Caretas*.

Peláez y Escobar son también dos virtuosos de la pluma. Tanto el uno como el otro expresan con mucha fortuna tipos de «compadritos» y escenas de «cuartelillo».

Málaga Grenet es peruano. Su personalidad



REDONDO



HOHMANN



PELÁEZ



LANTERI

LA ESFERA

FIGURAS ARGENTINAS



DR. MARCO AVELLANEDA

Embajador de la República Argentina en España

Caricatura de Málaga Grenet

LA ESFERA
PÁGINAS DE ARTE ARGENTINO



EL DRAGÓN DE LAS HESPÉRIDES, caricatura de Huergo

NUESTRAS VISITAS

DON MANUEL SARALEGUI

(De la Real Academia Española)



Saralegui, en su gabinete de trabajo

PERO, ¿no sabía usted que yo era marino?... — me preguntó extrañado.

—No, señor; no lo sabía. Sin embargo, en cuanto vi á usted, he pensado que tenía usted aspecto de hombre de mar...

Saralegui sonrió.

En efecto; por la recia contextura de su cuerpo, más bien bajo, su mirada firme y autoritaria, su franqueza y brusquedad en la conversación y sobre todo por su tez fuertemente tostada, sobre la cual brilla una barba de plata, se adivinaba en D. Manuel Saralegui al hombre que vivió mucho tiempo sobre el mar.

—Pero, ¿es usted marino de guerra?... — inquirí.

—Sí, señor. Mi padre fué intendente de Marina y literato, y todos sus hijos hemos sido marinos. Yo seguí mi carrera en el Colegio Naval y salí á navegar el año 68, el año de *La Gloriosa*, que me cogió en Marín... Comencé á navegar por el litoral con la escuadra de instrucción que entonces atendía á todos los sucesos políticos de aquella época, que eran malos bocados... Más tarde embarqué en la fragata *Berenguela* y asistí á la inauguración del Canal de Suez; acontecimiento sin segundo, por su grandiosidad inmensa, que yo he recogido en un libro titulado «Recuerdos de la reunión de dos mares».

Hizo una pausa en el relato... La charla era clara y su palabra recia y fácil. Estaba sentado en una butaca; yo, en su mismo sillón y ante su

mesa de despacho, sobre la cual todo guardaba un orden admirable... Delante de mis ojos tenía una papeleta de la Academia Española que contenía la palabra *Alojar*, con juicios escritos de puño y letra de D. Antonio Maura y ampliados por D. Manuel Saralegui... Yo la examiné curioso, pensando que no somos justos al creer que los académicos no se ocupan de nada más que del aspecto decorativo...

—Siga usted—le dije á mi visitado.

—Pues después—continuó D. Manuel—, después... estuve en Filipinas una larga temporada asistiendo con mi barco á las campañas, desembarcos y bombardeos; y después me vine á España por el Cabo de Buena Esperanza. Hice la campaña del Norte y volví á Filipinas... A mi regreso, en Enero del 79, fuí profesor de la Escuela Naval del Ferrol; hice muchas navegaciones con diversos barcos y más tarde asistí el curso de torpedos de Cartagena y vine destinado á Madrid al Ministerio... Pero acostumbrado á respirar el aire del mar á todo pulmón y dar gritos y vérmelas con la muerte todos los días, la vida sedentaria, sin emociones y sin yodo del Ministerio me asfixiaba y volví á la mar como comandante del cañonero *Paz*.

Hizo una pausa el viejo marino... Fué una pausa triste; por sus ojos de mirada dura pasó el recuerdo de una tragedia, y con ellos entristecidos, murmuró lentamente:

—Y con el cañonero *Paz* tuve la espantosa

desgracia de naufragar... sobre los restos de un gran trasatlántico perdido y no anunciado á los navegantes en el «Bajo de Aceiteras».

Hizo un amargo gesto. Después, como sacudiendo el peso de la fatalidad, alzó los hombros y volvió á dejarlos caer resignado...

—¡Qué espantosa suerte!... ¡No merecía yo aquello!...

—¿Cómo fué, D. Manuel?...

—Estúpidamente. Iba yo de viaje de Málaga á Cádiz, con toda tranquilidad, aunque con malísima mar. Hacía poco tiempo que me había casado y me acompañaba mi mujer, que era una chiquilla.

—¿Entonces, era usted joven?...

—Unos treinta y tantos años tenía. Pues bien; en el momento en que absolutamente tranquilo me hallaba sobre el mismo puente del barco tomando enfilaciones para enmendar el rumbo con dirección á Cádiz, sentí que el barco se enganchaba en una cuaderna del trasatlántico, igual que si una mano monstruosa lo hubiese apisonado; se rasgó de popa á proa, yéndonos á pique en contados minutos... ¡Qué espantoso!—deploró.

—¿Y murió alguien?...

—No, señor; tuve la satisfacción de no haber perdido un solo hombre y de haber logrado, en un viaje que hice unas horas después al lugar del suceso, salvar la caja de caudales y la documentación del barco, cooperando á ello con mi mismo esfuerzo personal.

—¿Cómo?...
—Me fiéndome debajo del agua sin escafandra ni nada...

—Por poco tiempo...
—El necesario para indicarle á los buzos el sitio en donde se hallaba la caja de caudales.

—¿Y quién les salvó á ustedes?...
—Nosotros mismos en nuestros botes... Yo me quedé sobre los restos del barco con el contramaestre, como era mi obligación, hasta que se salvaron todos, y abandoné mi pobre nave cuando ya no se podía hacer nada. ¡Horrible!...

Y los ojos de Saralegui estaban brillantes... Y con voz que temblaba por la emoción, dijo:

—Yo no vuelvo á navegar... Porque un hombre como yo, que me pasaba las noches en el puente sin cerrar los ojos, que era esclavo de mi deber, que estaba pendiente de todo, crea usted que no merecía que le ocurriese esto... La fatalidad fué un poco cruel conmigo. Ese ha sido el momento más amargo de mi vida... Hace ya treinta años y sin embargo está todavía clavado en mi corazón.

Callamos un momento. Exclamé yo:
—Es tan interesante su vida de marino, que llevamos hablando una hora y todavía no hemos hablado nada de su vida de literato...

Hizo un gesto de indiferencia.

—Es que mi gran afición era y... es la mar. Yo soy escritor del mar... Todos mis libros están inspirados por él... Sin la emoción de su grandeza, yo no hubiese jamás cogido la pluma... Además, mis trabajos no tienen un gran interés... Casi todos son disquisiciones históricas. Yo empecé á escribir para el público en Filipinas, cuando apenas tenía diez y seis años, y fué siempre tanto y tan grande el miedo que tuve al ridículo, que jamás firmé nada de lo escrito por mí. Fué necesario que un dictamen que presenté en la Económica Matritense de Amigos del País, fuese impreso por aclamación á expensas de la sociedad, para que yo me decidiera á estampar mi nombre en letras de molde, y desde entonces he escrito unos catorce libros.

—¿Quiere usted que hablemos de la Academia, ya que ahora está sobre la prensa esta cuestión?

—No tengo inconveniente... Mire usted, yo creo que en eso de la Academia y en la forma de entrar y en las personas que entran, hay un error de origen... Todos creen ó aparentan creerlo que es el galardón del literato exclusivamente, y no es esto. Los sillones de la Academia—como me dijo á mí Rodríguez Marín—son á la vez cábida de honor y banco de trabajo... Yo creo que al colgarle á uno la medalla le abren las puertas del templo y le admiten al taller... Porque allí se va á trabajar y á trabajar mucho. Ahora mismo me cogió usted con una papelita en la mano... Corregida por D. Antonio Maura y corregida por mí. Las personas que preguntan ¿quién es Saralegui?... ignoran que el año 86 fué invitado por D. Eduardo Saavedra á cooperar á la redacción del nuevo diccionario, revisando las definiciones de los términos científicos y marítimos que figuran en él, y á esta labor obscura, silenciosa, desinteresada y abrumadora, he seguido dedicándome y me dan las dos de la noche ahí, sobre el diccionario. A ello debo mi ingreso en la Academia en primer término... Ahora está de moda discutir los méritos de los actuales académicos... Y yo le digo á usted que es verdaderamente un espectáculo edificante, aunque de él se ría quien quiera, ver cómo en estas noches crudísimas de invierno, con frío y con nieve, acuden al edificio de la Academia, que está en aquel descampado horrible, todos los académicos, generalmente ancianos y enfermos, á cumplir con su obligación... Porque muy poco se conseguirá con que los grandes hablitas y los eminentes literatos formen parte de la Academia, si no han de acudir á auxiliarla con sus luces... Porque, amigo mío, no basta que yo me llame el Duque de Rivas; es necesario que yo vaya allí á rendir el dividendo de trabajo que debo rendir... Ya ve usted, yo puedo asegurar, sin que nadie me lo rectifique, que Maura..., ese Maura tan combatido, es el trabajador más fer-

voroso y más asiduo que tiene la Academia... ¡Maura ha ido á presidir la Academia dejando á su esposa sacramentada!... ¿Qué hombre de su talla es capaz de hacer esto?...

Yo traté de contestar mentalmente á la pregunta, sin conseguirlo. ¡Tenemos tan pocos hombres de la talla de Maura! Continuó Saralegui:

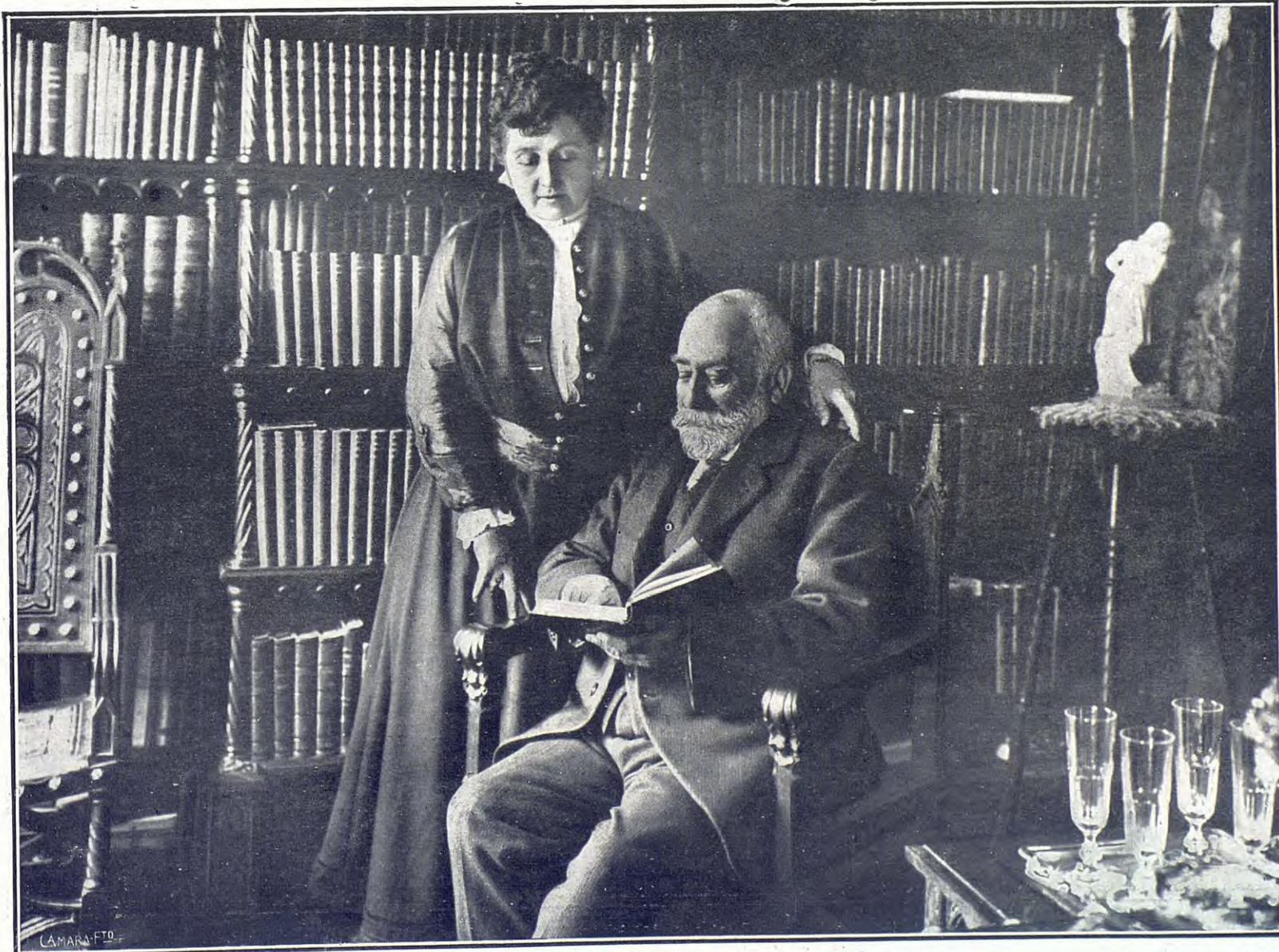
—En mi nombramiento de académico he tenido grandes satisfacciones y enormes amarguras... Dió la desagradable casualidad de que al presentar mi candidatura por primera vez se presentara también la de Benavente, y ¡claro!, pues con ese motivo hubo quien creyó que no había manera de encumbrar á Benavente sin ultrajarme á mí. Y entonces..., entonces hubo quien preguntó que quién era yo. Eso me dió muchas amarguras; pero en cambio me ha encantado el recibir felicitaciones de mucha gente que no creía yo había reparado en mi existencia. Y desde que soy académico no he tenido más que satisfacciones, gracias á Dios.

—¿Y qué le parece á usted la pregunta de *El Liberal*?

—¡Ah, sí! Sobre los treinta y seis académicos ideales. Ya le he contestado. Lo que he dicho se lo puede aplicar *El Liberal* y todo aquel que opine de distinta forma á la mía. Eso de *El Liberal* es una información extemporánea y trasnochada, un afán de molestar; el Sr. Carrillo, que fué correspondiente de la Academia, sabrá por qué. Da la casualidad de que nunca que se nombra académico á un grande de España se le regatean méritos; en cambio, cuando el favorecido es una persona obscura, trabajadora y honrada, que son sus únicos méritos, que paso á paso y fatigosamente, perdiendo hoy el terreno ganado ayer, recibiendo desengaños luchando por la patria, llega al fin, entonces se desatan contra él todos los furores de la crítica, anónima generalmente, para que no se sepa la autoridad que merece.

Así acabó su charla sobre la Academia Española, el erudito y viejo marino...

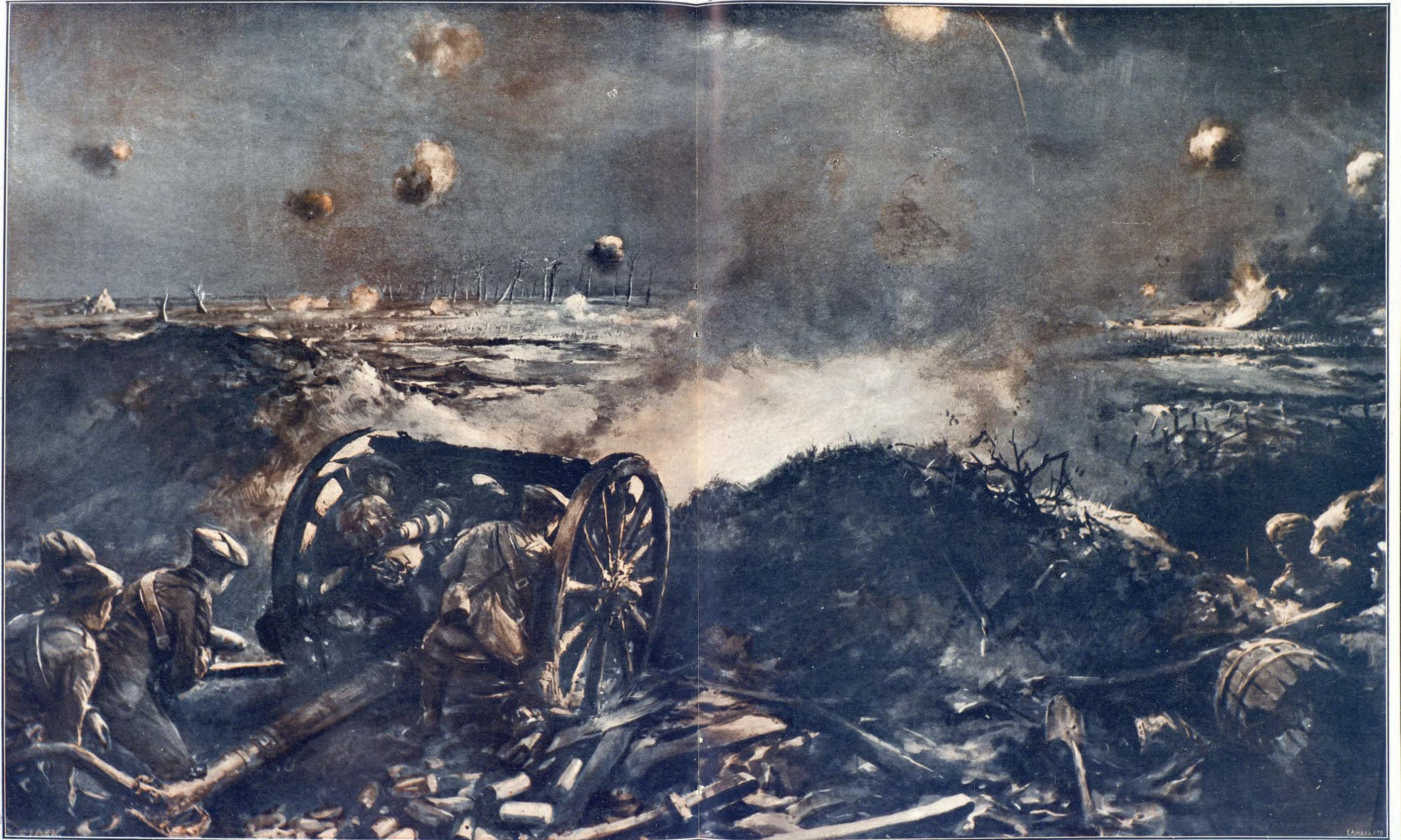
EL CABALLERO AUDAZ



D. Manuel Saralegui, en su biblioteca, acompañado de su esposa

FOTS. CABALLERO

UN EPISODIO DEL AVANCE ALIADO



Artillería inglesa avanzando hasta las posiciones alemanas conquistadas al enemigo, entre Boesinghe é Iprés, para apoyar un ataque á la bayoneta de las tropas aliadas

Dibujo de C. Clark

LAMARA-FOTO

DESDE PARÍS
SUS MANOS

Y de toda esa tragedia, para cuya inmensidad es poco escenario el mundo, ¿qué es lo que en tu espíritu queda para siempre?... ¿Es odio?... ¿Es asombro?... ¿Es espanto?...

—No, amigo mío... Es amor...

Esto me dice, sonriendo, un buen camarada de los días de paz: un camarada á quien, por vez primera desde el comienzo de la guerra, vuelvo á ver hoy, tendido sobre un lecho de hospital, con el cuerpo destrozado por la metralla, y con la faz—aquella rubicunda faz que en otro tiempo le valía el apodo de «Baby»—exangüe, lívida y descarnada como la de un cadáver.

Hay en mi voz una sombra de incredulidad cuando repito como un eco:

—¿Amor?...

El mutilado, el *demi-survivant*, vuelca sobre la blandura de la almohada su frente contraída por el dolor, y así, amparando de la luz sus pobres ojos de espectro, vuelve á la divina paradoja de su doliente, amorosa evocación:

—Ya ves— me dice—; cuando, como ahora lo hago, vuelvo á la memoria de ese pasado tan próximo que aún es presente y tan absurdo que, sin embargo, se me antoja infinitamente lejano; cuando ante mí desfilan aquellos cuadros de inefable horror que mis ojos vieron: las hecatombes; las matanzas; los asesinatos; los tormentos; los trozos humanos que la metralla alzaba del suelo como un revuelo de hojas en

el viento; los cadáveres de mujeres clavadas sobre cruces de martirio; los pequeños, lamentables cuerpos de niños muertos de hambre y de frío en sus cunas, entre las ruínas de los hogares; cuando vuelvo á ver, como desfile de fantasmas en un sueño de enfermo, esa inicua, inaudita realidad, salgo de la espantable pesadilla como de un abismo de negrura, y vuelvo siempre hacia una hostia de luz y de consuelo que ahuyenta las trágicas visiones y que presta á mi alma el calor y la esperanza que á los naufragos, sobre la playa salvadora, presta el sol... Es hostia de luz, ¿sabes cuál es?...

Neciamente, respondo:

—¿La victoria?

—¡Oh, la victoria!... No hablemos de ella... Será hoy nuestra; pero mañana, ¿de quién será?... No... Ya te dije que de toda la epopeya lo que en mí queda es amor, y vencer es odiar. Mi hostia de luz brilla en las manos de una mujer: blancas, dulces, amorosas manos, que curan mis heridas, que restañan mi sangre, que en horas de fiebre enjugan mi frente y alzan hasta mis labios el agua de la vida: ¡de la vida que quiere abandonarme y que retienen esas manos pacientes, abnegadas, maternas!...

Los ojos del espectro vuelven al amparo de los lienzos, para mejor ver, alma adentro, ó tal vez para secar una lágrima que no sienta bien á un soldado del Somme y de Verdun. Y la voz, apagada y desfallecida, repite como una letanía de oración:

—¡Sus manos!... ¡Oh, sus manos!...

ooo

Cantan en mi espíritu los versos del poeta, é involuntariamente recito á media voz:

*Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas...*

El semi-superviviente, que no comprende el español, pero que percibe el ritmo, pregunta:

—Dices versos, y en ellos se habla de unas manos de mujer, ¿no es cierto?...

—Sí—respondo—, de unas manos ducales...

—Las mías... (¡oh, la inefable altivez de esta palabra *mías!*) las mías no son ducales: son plebeyas, y es más, fueron pecadoras... Pero ahora,

muchas cosas. Pasando junto á mí, la dama se detiene, me contempla y exclama:

—*Tiens!... Comment ça va?*

La dama no es otra que Jaqueline; nuestra indispensable Jaqueline; el hada propicia de todas nuestras fiestas de antaño, en las lejanas y perdidas noches de la Abadía, del Molino Rojo y de la Taberna Montmartre...

—¡Jaqueline!... ¡Cuánto tiempo sin verte!... ¿Qué haces y dónde te escondes?

—¡Qué he de hacer, amigo mío! Cuido á nuestros pobres soldados. Va para dos años que soy enfermera y que ruedo de hospital en hospital...

—¿Y tus amigos? ¿Y tus novios? ¿Qué haces?

—¡Oh, ahora soy formal. Sólo conservo los estrictamente necesarios: las columnas del presupuesto.

Jaqueline ríe; luego pregunta:

—Y tú ¿á qué vienes? ¿Tienes aquí algún amigo?

—Sí, Jaqueline. Un amigo que lo fué también tuyo... «Baby»... El pobre «Baby». ¿Recuerdas?

—¡No he de recordar!... ¡Tan jovial, tan fuerte, tan rubicundo como era y ahora, ya habrás visto, un cadáver! Soy yo su enfermera...

—¡Ah, eres tú! Entonces, Jaqueline, acabamos de hablar mucho de ti, y sin duda son tus manos las manos que él adora y en las que cifra toda su esperanza...

Jaqueline contempla tristemente

sus manos, sus maravillosas manos de otro tiempo, laceradas y renegridas ahora por los ácidos, los desinfectantes y los jabones...

—Mira cómo están mis manos... ¡Cualquiera las conoce, ¿verdad? Pero, ¿qué quieres?... El pobre «Baby» ha dado en adorarlas y las ve todavía como las conoció hace tres años: blancas y pulidas como pétalos de azucena... Yo no le quiero privar de esa ilusión, ni de todas las ilusiones que en mí puede cifrar... ¡El pobre ha de vivir tan poco!...

Reverente, beso las manos de Jaqueline al partir y concluyo:

—Jaqueline, hay manos de mujer que ahora labran los obuses que han de libertar á Francia: hay manos de mujer que arrancan de las minas el hierro y el carbón con los que se funde la coraza que ampare la libertad del mundo; hay manos de mujer que roturan los campos y arrojan la semilla con el gesto augusto del Sembrador; hay, en fin, manos de mujer que en la lucha aprendieron á herir, y otras que aprendieron á curar... Pero á todas esas manos, Jaqueline, yo prefiero las tuyas, que no se apartaron de su destino, y que tan piadosa, tan amorosa, tan bellamente saben aún enganar...

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1917.



Hay manos de mujer, que en la lucha aprendieron á herir y otras que aprendieron á curar

¡son tan clementes, tan buenas y tan bellas!...

Luego, mi amigo me habla, larga y polijamente, de ese amor y de esa mujer—su enfermera—á quien él conoció frívola, inconstante y fácil, antes de la guerra, allá en las noches del Boulevard, y á quien volvió á encontrar serena, abnegada y un poco melancólica, después de la guerra, aquí, en las jornadas de hospital.

—En aquellos tiempos—me dice hablando del pasado—la amé como se amaba entonces: al paso, riendo, sin más placer que el que nos da un sorbo de *champagne*... Ahora, en estos otros y amargos tiempos, la quiero de tal modo, que la sombra de este cariño cobija ya cuanto fui, cuanto soy y cuanto he de ser. Ya no la amo riendo. A veces la amo llorando. Y lo que más me consuela de este estado en que me encuentro, de esta pierna que me cortaron ayer y de este brazo que me amputarán mañana, es el saber—porque ella lo asegura—que no me recuerda de antes, de cuando yo era un hombre válido y fuerte y sano... Conocía *ella* entonces á tantos, que mi memoria se borró, por fortuna, con la de los demás. ¿Comprendes?... Y más vale así...

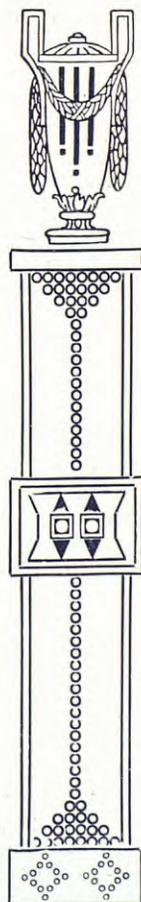
ooo

He terminado mi visita. Salgo. En el vestíbulo cruzo á una dama toda belleza, toda perfume, toda elegancia... La dama, con adorable gesto, despide á un galán que la acompaña, y el lánguido *au revoir* que le dedica promete, para luego,



GEÓRGICA

*Huye, amada gentil, de las ciudades
que alacian la ilusión con su ponzoña,
y ven á las agrestes soledades
donde vibra la voz de la zampoña.
Abandona el ambiente
impregnado de mal y de perfidia
y acude á mi llamada prontamente,
que en el campo no vive la serpiente
feroz y venenosa de la envidia.
Aquí podrás tener dulce ventura,
y tu egregia hermosura
hinchida de atractivos celestiales,
hallará para ornato las corolas
de las tenues y vivas amapolas
que tiemblan en el mar de los trigales.
Huye, amada hechicera,
de esos ratos dolientes é intranquilos
erizados de cuitas,
y ven á la pradera
que es un cielo esplendente de berilos
con astros de nevadas margaritas.
Tendrás los pebeteros de las flores,
el palio de la verde madre selva
y el arpa de los pájaros cantores
que tienen sus nidales en la selva.
Podrás, cuando la luz del mediodía
azote la campiña con su fuego,
refugiarte en la umbria
y refrescarte luego
en un arroyo manso que murmura
sus rítmicas endechas
al recibir la lumbre de las flechas*



*con que Febo fulgura,
y la linfa que corre monsamente
detendrá, por mirarte, su corriente.
Y, cual Venus, después á la ribera
tornarás, ocultando tus hechizos
bajo el rubio torrente de los rizos
de tu undosa y dorada cabellera.
Y más tarde, tu cuerpo prodigioso
de imponderables gracias
podrá hallar un suavísimo reposo
bajo el grato dosel de las acacias,
donde habré preparado
un lecho bien mullido de hojas frescas,
y, rendido á tu lado,
contemplaré el bosque retratado
en tus claras pupilas picarescas.
Y cuando el sol oculte
el raudal de su luz agonizante
y entre nubes de púrpura sepulte
su crencha deslumbrante,
y lance el ruiñeñor sus blandas quejas,
y el alto roquedal no se distinga,
reuniremos las candidas ovejas
al harmónico son de la siringa...
Ven, amada gentil, al campo ameno
libre de liviandades,
y deja para siempre las ciudades
donde vierte la envidia su veneno.*

G. GONZÁLEZ DE ZAVALA

FOTOGRAFÍA BARRADO-DOMUS

Cuentos Españoles

FIN DE RAZA



Con el ceño un poco fruncido, por un mal hábito quizá del colegio, Lolita se puso a escribir en un pliego diminuto, que ostentaba, sobre el ángulo superior, una corona de marqués.

«Querida mía: No necesitabas insistir tanto en tu ruego. Estoy pronta a remitirte el viejo retrato que deseas, y también la espada dichosa, cuya vaina no se ha podido hallar en ninguna parte. Te aseguro que al remitirte ese retrato me voy a quitar de encima una verdadera molestia. ¡Qué señor tan incómodo! Lo he mandado limpiar, y ahí le tengo, encima de un canapé, con su eterna gravedad muy «estilo XVI». En cuanto venga el carpintero le dispondremos una caja, y ¡a París! No estoy muy enterada de los detalles de nuestros antepasados, pero creo haber oído decir alguna vez que ese señor, capitán de un tercio de Felipe II, estuvo en la batalla de San Quintín, y fué uno de los que más insistieron en seguir adelante hasta los muros de París. Si entonces no logró su deseo, al cabo de tres siglos ó cuatro, ó los que sean, entrará triunfante en la ciudad del Sena. ¡Qué caprichosa eres, querida mía! Has tomado con excesiva seriedad tu papel. Allá tú con tus vejeces nobiliarias y

con los gloriosos recuerdos de la familia. Me aseguras que ese señor, abuelo nuestro, fué un hombre heroico, prudente y noble hasta la raíz del pelo. Pero yo no puedo mirarlo sin cierto disgusto. Tiene demasiado hierro encima. Sus barbas negras, sus ojos fijos y graves, la cruz de Santiago que mancha su pecho con un trazo rojo, todo eso me resulta muy «deplacé». En fin, cada una con sus gustos.

»¿Cómo te va con tu marido? ¿Está contento con su empleo en la embajada? Y ahora, como confidencia, te diré que me aburro soberanamente... Todas las noches pierdo en el Casino. Para colmo de males, Pepito Carvajal persiste en asediarme, y sospecho que hasta intenta casarse conmigo. ¡Qué poca suerte tengo! Adiós. Voy a Novelty a tomar el aperitivo. Un beso. Tu hermana...»

Y con una letra grande, angulosa, suficiente, firmó riendo: «María Dolores de Peñaclara-Espínola y Veracruz.»

Libre de aquel deber familiar, Lolita se encasquetó su sombrerillo gris, ligeramente inclinado sobre la oreja, y salió a la calle. Al pasar por el comedor, en donde su tía la condesa de Valle Real se atiborraba de pastelillos de jamón, gritó:

«Adiós, Tatita. Hoy no hay misa de doce. Te espero en Novelty.»

Estaba el paseo de la Alameda henchido de gente dominical, hirviendo de sol y de rumores. Era día de toros, y en tales días adquiere San Sebastián un tono de alegría, de cosmopolitismo y de cierta ambiente voluptuosidad que lo hacen inconfundible. Toreaban Belmonte y Gaona. Franceses de las Landas, ingleses de Biarritz, tenderos de Madrid y Zaragoza, junto con aristócratas y periodistas madrileños; todas estas gentes heterogéneas se arremolinaban sobre el asfalto del paseo, entre mujeres elegantes, ó sentábanse a beber líquidos fríos y coloreados.

Lolita, en la acera de Novelty, con una pierna montada sobre la otra, se bebió su cocktail; y hubiera bebido el segundo si no acierta a quedar presa de una grave, inaudita, fundamental preocupación. ¿Quién tenía la culpa? ¿Acaso el día tórrido y endemoniadamente sensual? Lo cierto es que la joven sintió que acudía a visitarla una idea perfectamente extraña. Por primera vez en su vida, acaso, pensó que su doncellez había estado ociosa demasiado tiempo.

Tenía veintidós años. Descendía de cien nobles, capitanes y ministros del rey. Huérfana,

dueña de tres títulos y de una copiosa fortuna, los pretendientes más estimables la asediaron distintas veces. Pero Lolita sentía por los hombres un desvío manifiesto é inexplicable. Es decir, alguien lo había explicado ya. Sólo que tituló aquella arbitrariedad sexual con un nombre científico que estaba, sin embargo, lleno de malicias.

Lolita lucía un rostro de muchacho picaresco; usaba costumbres de estudiante y vicios de cocarero. Fumaba; pero no cigarrillos turcos aromáticos, sino auténtico tabaco de la Habana, del fuerte. Jugaba al *bacarrat* en mesas públicas, rodeada de hombres, con el pitillo en el ángulo de la boca, ni más ni menos que un cadete calavera. Habitados á verla en tal actitud, los hombres concluían por prescindir de su feminismo. No inspiraba grandes tentaciones, tal vez porque ella misma se lo propuso con aquellos modales desenvueltos, su carencia de curvas y la voz, ligeramente ronca, así como su risa cínica, desconcertante, audaz en las situaciones más difíciles. Nadie pudo verla nunca ruborizada. Una noche que un extranjero, tipo de hombre soez, contó en la mesa del *bacarrat*, en el Casino, un chiste muy sucio, Lolita fué la primera en celebrarlo con su risa descarada.

Sin embargo, he ahí que ahora el demonio de la curiosidad venía á importunarla con aquella turbia meditación. Sí, seguramente, sus veintidós años habían estado muy ociosos... Conviene advertir que la despreocupada joven desconocía el valor de la palabra contención. Su vida fué siempre un puro capricho. Si algo se le antojaba, no existían en el mundo restricciones de índole social ó religiosa que pudieran refrenar su deseo.

Volvió la vista á un lado y vió una mujer grande, rosada, soberbiamente hermosa, con el estigma de la mundanidad en todo el cuerpo arrogante. Sus labios teñidos de vivo carmín aspiraban, por conducto de una pajuela, un granizado de naranja. A cada aspiración, la soberana mujer hacía mohínes con los labios y revolvía á un lado y otro sus verduscas pupilas, ornadas de oscuras ojeras y retintas pestañas. Todos los hombres la miraban. Al fin se marchó la opulenta mujer, seguida de dos caballeros.

Conocía Lolita las artimañas é intimidaciones de esa clase de mujeres; con ellas se rozó muchas veces por playas y casinos; pero nunca como en aquel momento le merecieron tanta curiosidad.

Estuvo atenta á los menores detalles de la mundana, y cuando se alejó, llevando tras sí el homenaje de los dos caballeros, quedó la joven pensativa un breve rato. Estaba pálida. Pidió un segundo cocktail, y cuando lo apuraba de un ávido é irreflexivo trago, observó que un hombre alto, robusto, moreno, la miraba fijamente desde la mesita próxima.

¡Era muy gracioso!... La habían confundido... Invasada por una maligna curiosidad, Lolita se puso á hacer mohínes y visajes, á mirar de soslayo al hombre moreno. Le pareció bastante tosco. Sin duda se trataba de un provinciano, que aprovechaba sus vacaciones veraniegas con ánimo de hincarle el diente á todos los placeres lícitos ó prohibidos.

Y dejando burlado á su chofer, que aguardaba en la contracalle, la joven se evadió, salió del

paseo furtivamente, hasta ganar la redondeada avenida que bordea la playa. De vez en cuando miraba hacia atrás para cerciorarse de que el hombre alto y moreno la perseguía siempre. Este, en efecto, no pensaba en desaprovechar su buena suerte. Sin embargo, advertíase en él un temor, una cierta zozobra. Aquella jovencita morenucha tenía algo de distinguido y de aristocrático. En el ánimo del tenorio debía de trabarse una última lucha entre el deseo y la economía. Pero avanzó á pesar de todo.

¡Tenía gracia!... Un poco perturbada, Lolita llegó á la puerta de su hotelito, en el momento

Como si el cielo se desplomara de súbito, Lolita sintió que todo su ser se le oprimía, y que en su loca, frívola mente, se levantaban unas ideas que nunca hasta entonces se dignaron visitarla. Al momento de caer, la imagen del abuelo pasó fugaz, pero profunda, por sus espantados ojos. Algo de íntimo, ancestral, subía á la superficie, de no se sabe qué rincones antiguos y mohosos.

Primeramente sintió una gran indignación; luego una ira rabiosa; después un asco, pero un asco físico, una repugnancia imponderable.

¡No, no!... Pero el hombre no entendía de protestas, acosándola furioso. ¡No, no!... Y al incorporarse un poco, en su desesperado forcejeo, vió la faz severa, altiva del prócer, que parecía clavarle una metálica mirada de indignación.

Se desasíó, en fin, de su opresor, por un esfuerzo inaudito de todo su cuerpo nervioso, y de un brinco se puso al lado de su abuelo. ¡Márchese usted!...

Pero el hombre aquel, ciego, enardecido y asombrado, marchaba derecho hacia su esquiva y caprichosa conquista, dispuesto á la violencia. La virgen, enloquecida de desesperación, fué á gritar; pero su orgullo se resistió á la tentación de súplica. Bramó como una leona ase-

diada. Ya no podía huir; la pared á la espalda, el sofá enfrente, contra su perseguidor estaba indefensa.

En aquel momento desesperado vió Lolita la espada del glorioso abuelo, brillante y aguda en su desnudez. La empuñó rápidamente y dirigió la punta al pecho del osado. ¡Atrás!...

El hombre se paró en seco con aire de estupefacción. Quiso insistir todavía. Pero la punta de la espada le rozó el pecho, y el hombre retrocedió definitivamente.

—¡Márchese usted! ¡Pronto!

Inmóvil en el centro del cuarto, aquel hombre anónimo miró con una lenta mirada á la joven; luego miró los muebles, el sofá, el retrato del prócer. Se advertía en él un asombro, una interrogación imposible de contestar. Quería explicarse aquélla tan incongruente y extraordinario, tan fuera de sus costumbres y de sus ideas. Finalmente, sin decir palabra, con gesto de cansancio, tomó el sombrero y salió.

Entonces Lolita se sentó sobre un brazo del sofá, teniendo la espada sobre los muslos, y encendió lentamente un cigarrillo. Mientras veía dos simétricas columnas de humo por sus narices, miraba con atención en el suelo. Meditaba.

Estuvo meditando muchos minutos, cerca de un cuarto de hora, todo el tiempo que duraron los dos cigarrillos, parsimoniosamente fumados uno en seguida del otro. No recordaba haber pensado tanto tiempo seguido en toda su vida, ni de cosas tan serias.

Luego, al ponerse de pie, volvió los ojos hacia el retrato del antepasado.

—¿Qué te ha parecido, abuelo?

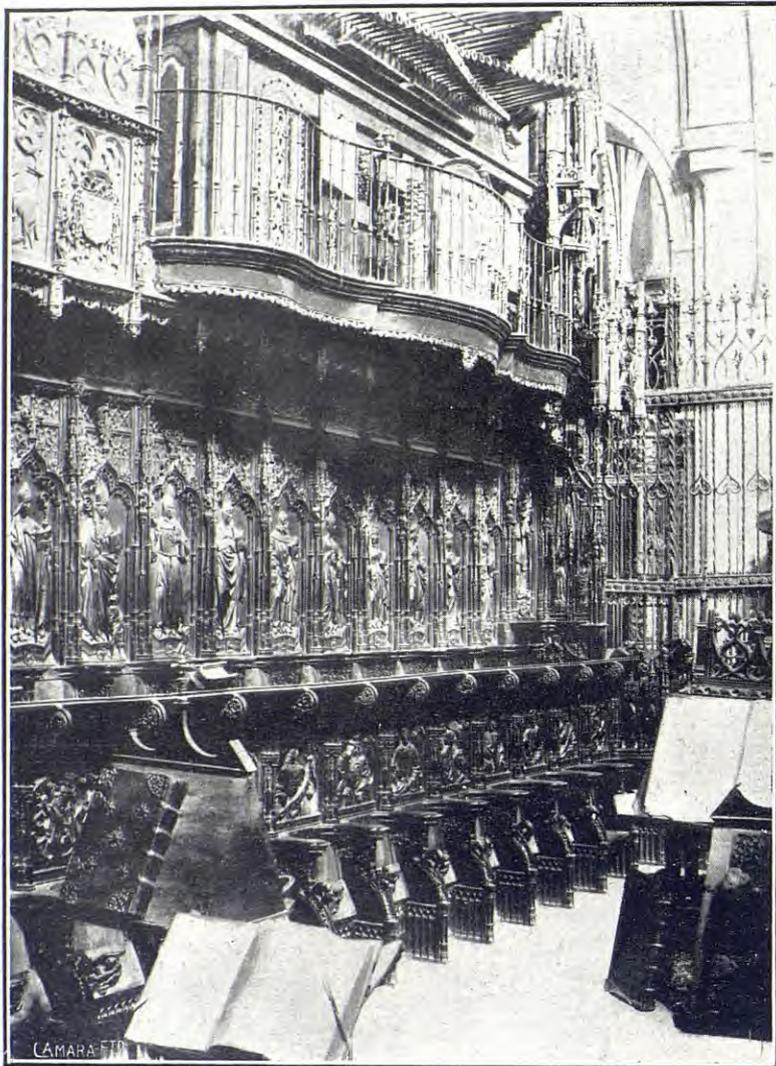
El abuelo, como es natural, no respondió nada. Pero sobre la rizada gorguera, el semblante severo del capitán antiguo pareció aclararse con un gesto de confirmación y de asentimiento.

José M. SALAVERRÍA

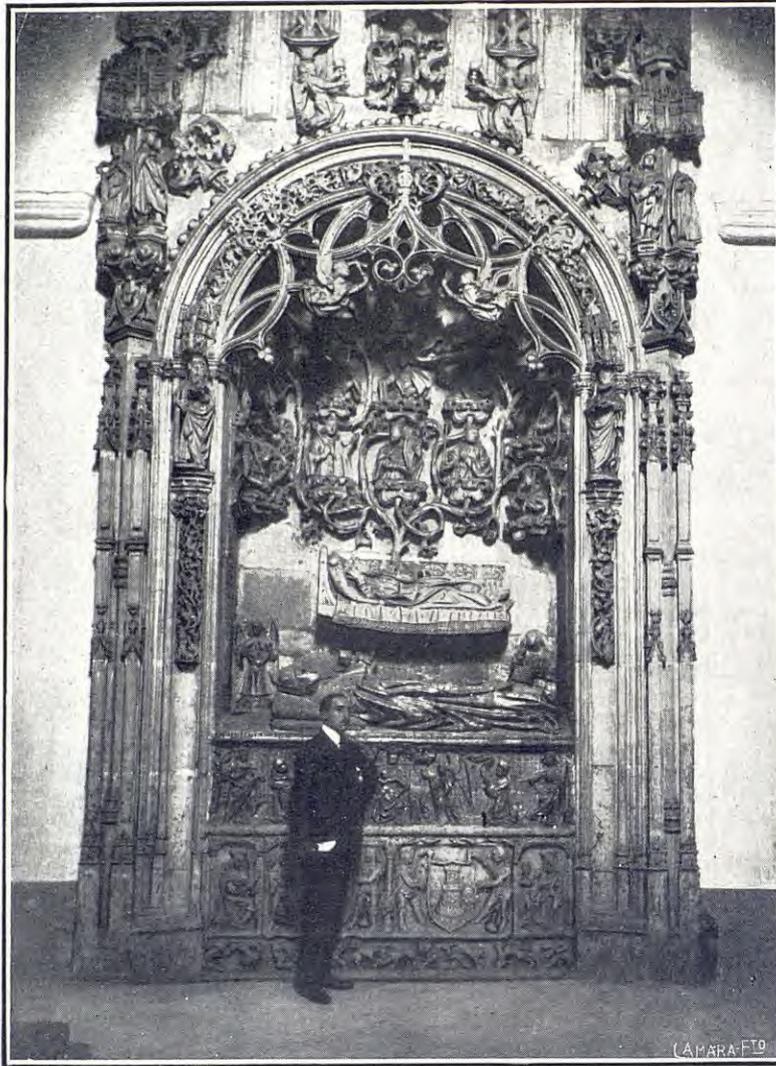
DEJUNOS DE PENAGOS



LAS OBRAS DE UN BUEN OBISPO



Detalle del coro de la Catedral de Zamora



Sepulcro del Doctor Grado, en la Catedral de Zamora

FOTS. FILICO Y CALAMITA

GOBIERNAN estos reinos gloriosos las Altezas de los Reyes Católicos, y en la silla del santo monje Ailla yérguese hoy la magnánima figura del Pastor D. Diego Meléndez Valdés. Y no decimos que apaciente la grey porque otros cuidados llaman al obispo á «la corte de Roma, do es la Santidad».

Don Diego es de pura estirpe zamorana. Antes ha regido la clarísima diócesis asturiense y luego la de Salamanca. Viene, por fin, á su tierra, y entonces, cuando pudiera bien hallarse entre los suyos, le lleva junto á sí la Santidad del papa Alejandro VI, como su escritor apostólico; aún le enaltece más, por sus merecimientos, y le nombra Mayordomo pontificio.

Pero ni las aguas del sonoro Tiber hicieron olvidar las del Duero al prelado, ni las famosas siete colinas de la Ciudad Eterna borraron el recuerdo de aquellos dulcísimos cerros de la tierra zamorana, ni las grandezas presentes apagaron en el señor obispo la memoria de su cuna. Antes parece como que todo le avivó el afecto á lo suyo y, así, desde Roma, sin ver su diócesis, dispuso para ella de cuanto pudo; y rentas y congruas y bienes y soldadas y gajes, gran parte de su acerbo, en fin, empleola en reformar, recomponer, pulir, aderezar y enriquecer templos.

Iba con la época el buen obispo y antojósele mezquina la bellísima cabecera románica de la catedral zamorana (1).

(1) Tres capillas de plata semicircular con columnas adosadas y otros tantos nervios uniéndose en clave junto á los torales, subsistentes hoy; cascarón de horno sobre los nervios y, acaso, nichos abajo y ventanas arriba, en los intercolumnios; molduras de un bocel y dos filetes á la altura de los capiteles y bajo las ventanas. Al exterior, ábsides torneados, columnas adosadas, corona de arcos rebolados; ventanas con columnas en los codillos y molduras horizontales, refozando sobre las columnas grandes. Los capiteles interiores y exteriores, tal vez, serían sencillísimos, como los del resto del templo. Sin embargo, en alguno de los torales laterales, hay capiteles de hojarasca, cosa rarísima en la catedral de Zamora.

El antojo costó caro al arte; pero el propósito fué nobilísimo, aunque bien lamentable. El obispo, decimos, iba con su época. El, en algún pontifical, allá en las amplitudes de los presbiterios romanos, llenos de oficiantes, auxiliares, sacristanes y acólitos, resplandecientes de luz y de reflejos, todo ancho y despejado, todo ceremonioso como una corte; en aquella solemne y clara vastedad recordaría la obscura capillita de su catedral, con los desnudos muros de sillares ennegrecidos, con el altar de piedra, y robusta, maciza, severa y misteriosa como la fe de la Edad Media, recuerdo vivo y venerable de un culto sencillo, recogido y austero.

Pero ya lleva el Renacimiento mucho camino andado. Y los espíritus, que de las tinieblas del románico han pasado por las claridades del gótico—tan sabio en iluminar naves y capillas—, se hallan en el momento deslumbrados, harto deslumbrados, á fe... En suma, el buen obispo resolvió emplear su dinero, bien empleado á su modo, y ocurriósele encargar al cabildo zamorano una gran obra y dotarle para ello: derribar la cabecera de la catedral y rehacerla á la manera semigótica que aún perduraba por acá, pues agregados á las formas viejas, nuestros arquitectos y decoradores, á fines del siglo xv, y aun á principios del xvi, construían siguiendo las normas ya en desuso por otros países, y aquí bien bastardeadas y tendiendo á lo nuevo y mezclándose con ello. Era la decadencia un tanto retrasada en nuestra tierra... Y así surgieron las capillas, mayor y laterales, que hoy rematan la cúpula de la catedral de Zamora, entroncando un poco desdichadamente con el magnífico románico del crucero y de las naves—románico transitivo ya, sobre todo en las bóvedas—y con el bizantinismo de la bellísima cúpula. Esas capillas nuevas, son, pues, de un gótico decadente y apagado. Eran notabilísimas de viejas, y de nuevas son insignificantes; pero, á lo exterior,

aún gallardean con su crestería calada y sus pináculos. La mayor, poligonal de planta, tiene por clave de las nervaduras, estrelladas, el blasón de España propio de los Reyes Católicos, sobre el águila pasmada y unifronte.

En otros empeños es bien de alabar al obispo Valdés, y su dinero lució más y mejor. Pues quiso la suerte que acertase á encontrar tal artista para las grandes verjas de capillas y coro que obró maravillas.

¿De dónde sacó al rejero el prelado, ó dónde le halló el cabildo, si éste fué el ejecutor de los planes del obispo?

A la hora que corre aún no sabemos ni el nombre del maestro. Maravillosa y maciza modestia ésta de los artífices que no firmaban sus obras sino tan sólo con su arte y con su maestría.

Sábase tan sólo que por los primeros años del siglo xvi se avcinan en Zamora artistas flamencos y franceses de muy distintas profesiones, desde tapiceros y bordadores hasta relojeros; de éstos, Diego Anequin que, á la vez que relojes, construía rejas muy bellas. Y otro rejero, Antonio Macías, suena y vive por entonces en Zamora.

Ahora bien: creemos que estas verjas de la catedral de Zamora son de un español y comenzadas en los últimos años del siglo xv, aunque se terminasen á principios del xvi.

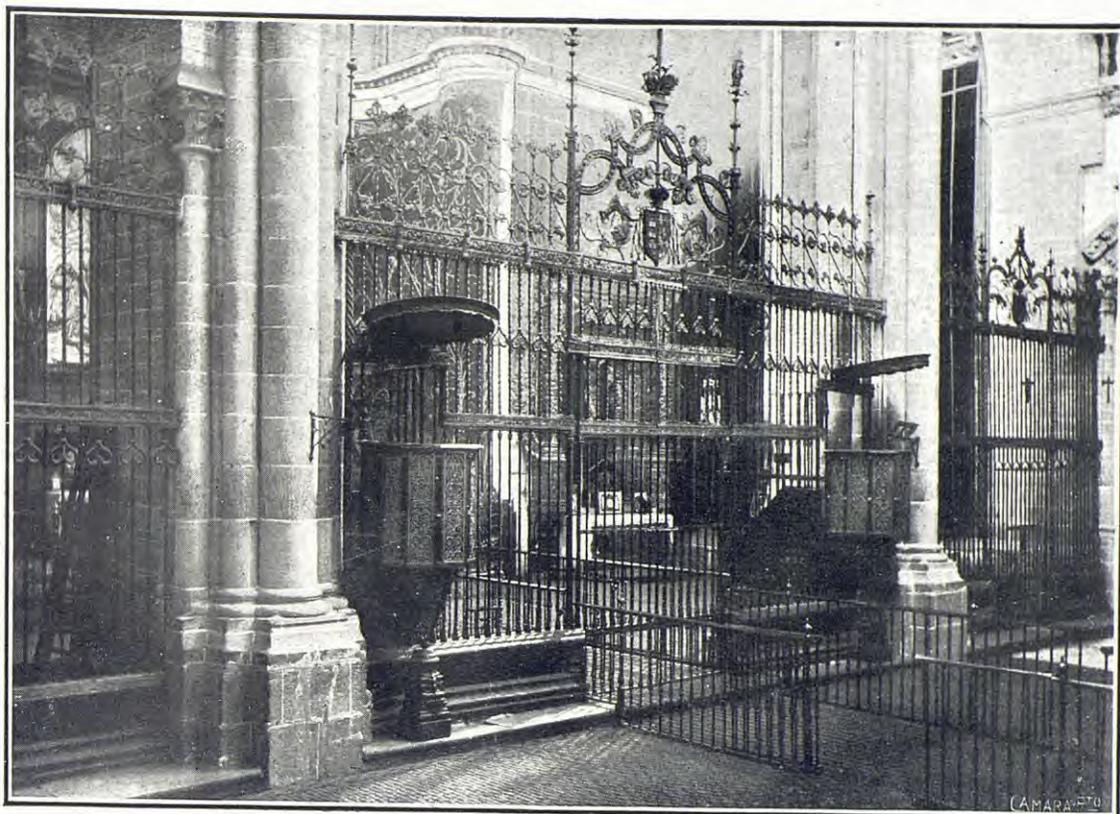
Españolas de traza, bellísimas, aéreas, gentiles, sutiles y profundas á la vez, se parecen éstas con las rejas más hermosas de España; finas donde la barra de hierro resiste y se lanza á lo alto; ricas y exornadas donde cuaja el dorado bronce en cardinas, castilletes, grecas, vástagos y capullos, coronadas por pináculos, vástagos ondulantes y agujas esbelísimas y rematadas con el Crucifijo, tienen, con la fortaleza de la verja, la delicadeza de un bordado y la elegancia de una labor de orfebrería.

Háse dicho que pudo trabajar en ellas el gran Villalpando—1548—. No es posible. Ni son de su época ni de su manera. Como son, éstas de Zamora no tienen nada que envidiar á las famosas de España. Obedecen á la transición, pero con un acento mucho más gótico que otras grandes rejas contemporáneas.

Deben las nuestras principiarse cuando se terminan la de la Capilla de las Religiosas—maestro Bujil, 1495—y la de la capilla de Santa Ana, ambas en la catedral de Burgos y la última de una semejanza potente con las zamoranas en muchos detalles, pero sobre todo en las grecas y en los casijetes decorativos de la parte superior.

Más ojivales éstas que comentamos que las de San Juan de la Penitencia, Toledo—Juan Francés, probablemente; principios del siglo XVI—y del monasterio de Guadalupe—Fray Francisco de Salamanca, 1514—se parecen, no obstante, á ellas, en los grandes paneles centrales de la parte superior, allí donde una combinación de arcos trebolados y cuadrilobados, con otros de arranques vueltos hacia arriba, cobijan, siempre, un florón, tenido por ángeles ó por grifos, leopardos, etc. Esto se da sólo en las rejas del presbiterio en Zamora. La del coro remata toda ella en crestones con capullos de cardo y en pináculos.

Más, fuera de ese detalle de semejanza, las rejas de Zamora parecen de corte anterior á las mencionadas, aunque las tres fueron de un mismo tiempo. En efecto, sólo en la crestería de las del presbiterio, apunta el renacimiento, en la serie de róleos, que recuerdan, con menos riqueza, naturalmente, el remate de la maravillosa reja de la Capilla Real, de Granada. En todo lo demás, las zamoranas, son acaso las más góticas de las rejas transiitivas españolas.



Valiosa verja de las capillas mayor y laterales de la Catedral de Zamora

FOT. PILICO

Como decimos, permanece ignorado su autor. Colocada entre la reja de Santa María, de Burgos, y las mencionadas de Toledo y Guadalupe y participando de semejanza con las tres, puede recordarse los nombres de Martín García, Juan Francés, Bujil, Eneco, el maestro Pedro, Prieto, Viveros, Fr. Francisco de Salamanca, Evernat, etc.

Los grandes maestros renacentistas, los Andino, los Bartolomé, los Villalpando, los Martínez, en pleno Renacimiento, si hicieron luego verjas más escultóricas ó más sabias, no las forjaron ni tan sutiles, ni tan finas, ni tan elegantes, como estas floridas que, con la gentileza del estilo, tienen la profesión y la pompa de la decadencia transiitiva. Amén de ser todo en ellas propio de la más pura labor de verjería.

Don Diego Meléndez Valdés era hombre generoso. No paró en lo contado su esplendor (1). Y á la par que las capillas y las verjas, costeó el soberbio coro, uno de los más hermosos de la transición; pero, totalmente gótico en la traza general. El Renacimiento sólo puso algunos detalles y la «manera» de ciertos relieves. Corresponde á la misma época de las obras antes mencionadas: fines del XV y principios del XVI.

Hermano del de la Catedral de León—segunda mitad del XV; 1481, contrató con el autor, el maestro Teodorito—y del de la Catedral de Astorga—maestros Roberto y Nicolás—es el de Zamora más fino, más rico, más suntuoso que el primero y más gótico que el segundo, excepto el piso que corona ambas obras que es extraordinariamente semejante.

En el coro de Zamora, tanto en la sillería baja—personajes del antiguo testamento—como en la alta—Santos, mártires, fundadores, etc.—para los relieves de los espaldones, trabajan dos maestros: uno gótico, el de las figuras rígidas, duras y planas (2); otro italianizado: el de los rostros naturales y bellos, plegados más blandos é indumentaria realista. Aquel llena de joyas á las figuras y de piedras y labores las orlas, las capas y mantos, y los rostros de sus relieves aparecen asustados, pasmados y fieros, y éste da á los personajes un aire de firmeza y de gracia muy notable; es, además, esclavo de la proporción; es ya el realismo de la escuela nueva. Acaso el primero tenga, para nosotros, más subido interés y valor.

Pero hay un chistosísimo y valiente artista que esculpe en los tableros viejos de las escalinatas, en algunos pasamanos y, sobre todo, en las *pacencias* ó *misericordias*, escenas de un

(1) Ni redujo su atención á la catedral, pues también reformó y enriqueció la capilla mayor de San Ildefonso, para alojar dignamente los cuerpos de este santo y de San Atilio ó Atilano, primer obispo de Zamora.

(2) De él son también los grandes relieves de los sitialos extremos y del episcopal.

tan fuerte realismo, de un picor tan penetrante, de una sátira tan feroz, tan intencionada y tan graciosa que los tales relieves hacen de todo el coro una singular y valiosísima caricatura. Es, sin duda, el primero de España en tan importante respecto.

¿Esto, por qué, en un lugar sagrado?, se dice. ¡Ah! qué importa el por qué... Piense cada uno lo que le venga á las mientes. Allí están aquellas figuritas, pequeñas, grotescas, rezumando gracia, arte y picardía. No hay sino gozar, se en ellas y reír la travesura, el desenfado y el primor de aquellos artistas que, con un golpe de gubia, nos enseñaron más de las cosas y de la vida de su tiempo que cien historias correctísimas é indigestas.

En los brazales bajos de cada sitial hay monstruos retorcidos en contorsiones tan violentas, tan variadas y tan interesantes, que es maravilla; y todo el coro, con sus estatuillas infinitas—192 y 89 relieves de espaldones—con sus doseletes, con sus tres alísimos y calados chapiteles—sillas extremas y estalo episcopal—con sus pináculos, con sus celosías cuajadísimas de esculturas, con su crestería trepada y aérea, con sus bordados, festones, caireles, grecas y hojarasca, hasta con su color sereno y centenario, es admirable entre los grandes coros españoles.

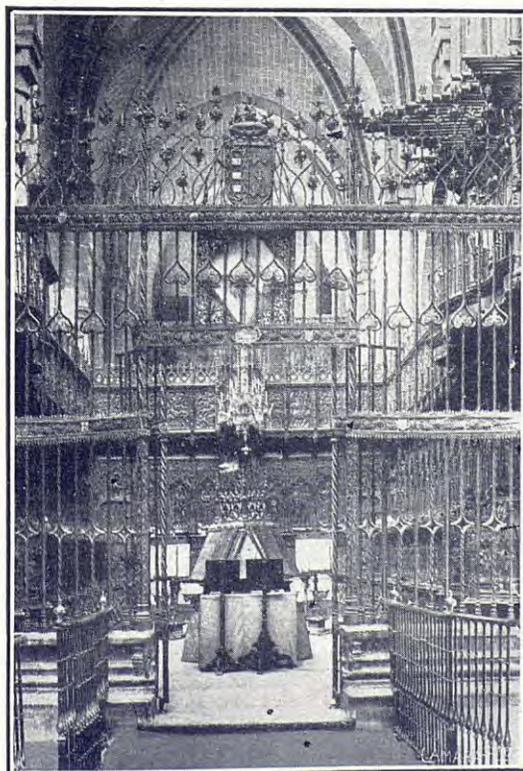
ooo

Don Diego Meléndez Valdés no reposa en su catedral: Duerme en Roma el sueño de la beatitud. En el epitafio del prelado se dice que era zamorano.

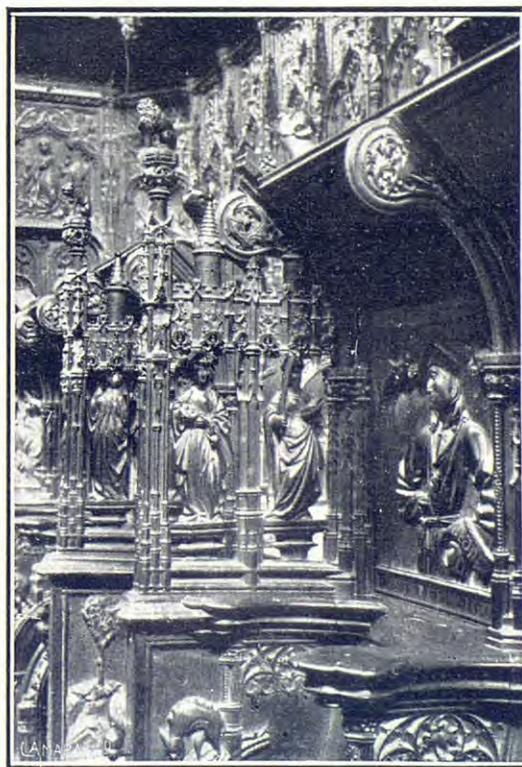
Y buen zamorano, por Dios...

Así durará la memoria tanto como las obras. Más no puede pedirse en cosas humanas y perecederas...

FRANCISCO ANTÓN



Primorosa y florida verja del coro de la Catedral de Zamora



Subida al coro alto de la Catedral de Zamora

FOT. CORTI

PÁGINAS POÉTICAS



PALERMO

(EVOCACIÓN BONAERENSE)

*Palermo, bosque lírico y urbano,
poético refugio de emoción,
tu eglógico verdor es virgiliano,
tu nombre una italiana evocación.*

*Hay un cándido cisne, armiño y seda,
en tu sonoro lago de cristal,
que enarca el cuello, recordando a Leda,
y luce al sol su pico de coral.*

*Suelen ir hacia ti cuando la Luna,
Celestina embrujada y oportuna,
envuelve en sombra y plata tu verdor,
ninfas y faunos que en nocturna cita
huyen de la ciudad cosmopolita
a renovar el mito del Amor.*

Felipe SASSONE

Dibujo del ilustre dibujante argentino Mayol.

PANORAMAS SEVILLANOS



LAMARA-FLO

Vista de Sevilla, tomada desde la Pasarela

FOT. CASTELLÀ

CALLE ARRIBA ❖ EL SEÑOR QUE NO TIENE PRISA



ES verdad que la vida moderna es actividad, impaciencia febril, marcha incesante y vertiginosa? Para confirmarlo basta con leer libros científicos; la investigación va mucho más deprisa que los automóviles, que las locomotoras Compound y que los mismos aeroplanos; para desmentirlo, en todas las calles, enfrente de todas las vitrinas, en los lugares más concurridos, bajo las escarchas de Enero como bajo las solanas de Agosto, está el señor que no tiene prisa.

¿Es joven ó viejo, rico ó pobre, grueso ó delgado, moreno ó rubio? No busquéis su característica en la edad, ni en el temperamento, ni en la fortuna, ni aun en las líneas enigmáticas y siempre diferentes del rostro. Es sencillamente el señor que no tiene prisa, que camina lenta y tranquilamente, que se para cada tres pasos, que estorba en la acera, en el arroyo y en todas partes cuando os reclama en algún lugar un asunto urgente, que os desespera con su flema y os arrebata con la perpetua obstrucción de su mole: es la calma ambulante, el mentís eterno á los factores tiempo y velocidad; que tal vez es simpático, afable, excelente sujeto, buen hijo ú óptimo padre de familia, acaso funcionario emérito ó artista de reconocido renombre; pero que no tiene prisa, y él sabrá por qué, y que se sentiría sobrecogido de sorpresa si tuviérais la osadía de preguntárselo.

No creáis que este tipo originalísimo es fruto únicamente de los países meridionales; se da lo mismo en la calle de la Sierpe que en la *Unter de Linden*, en la fría Perspectiva Newski que en el Boulevard de los Italianos; aparece en todos los climas como en todas las latitudes; es insensible al frío, al ardor canicular, al viento, á la lluvia. Precisamente en los días de vendaval ó de desapacible turbión, es cuando camina más despacio, se os coloca delante con su paraguas, enorme siempre, oscila de un lado para otro sin dejarse pasar por ningún resquicio, y acaba por pararse de pronto para que os déis con él de bruce; es entonces cuando gira sobre sus pies, os mira impasible, os vuelve de nuevo la espalda con un desdén olímpico y torna á colocarse delante mientras tembláis de ira ó gemís de desesperación.

No tiene prisa. ¿Para qué? Tal vez su filosofía es la verdadera: el tiempo no es más que la sucesión de las sensaciones y de los fenómenos, es la gradación en que concebimos la continuidad de

las cosas sensibles; Kant y Shopenhauer os dirán que es una mera forma de la sensibilidad, categorías puramente subjetivas; suprimir ó aminorar el tiempo es disminuir el desgaste vital, como aminorar el espacio es para Wundt semianular las sensaciones periféricas. El hombre que no tiene prisa es el gran ahorrador de la vida, economizador de fuerza y energía cuyo sobrante aplicará, cuando le parezca, con un vigor que nos sorprenderá y dejará estupefactos. He aquí por qué los países flemáticos suelen ser los más provistos de energía. Atreveos á desafiar la movilidad de un muchacho gentil y nervioso de la Caleta; desconfiad, en cambio, de un cervecero de la City, que aguantará impasible vuestros insultos y acabará por colocaros, friamente, debajo de la barba, un soberbio *uppercut* que os hará caer como á Dante en la estrofa final del canto quinto de *El Infierno*.

En un día de fatal neurastenia, de desequilibrio nervioso y aun de exaltación epiléptica, un sedante admirable sería acaso salir á la calle y, una vez encontrado el señor que no tiene prisa, es decir, á los cinco minutos de salir á la vía pública, colocarse detrás, caminar á su paso, observarle y abandonar la imaginación á las lucubraciones más bizarras. El hombre tortuga se detiene ante un escaparate y permanece cinco minutos como ensimismado. ¿Qué mira? Prestáis atención á los objetos que contempla y son todos insignificantes: dos docenas de platos de porcelana ordinaria, tres salvillas y un frasco de Sidol. Vuelve á caminar el ciudadano apisonadora y torna á pararse; esta vez mira al cielo; alzáis la cabeza y no se ve nada; no hay nada, ni siquiera una nube en el azul desesperante, en el rabioso añil enigmático. Vuelta á dar cuatro pasos y á contemplar extático á un afilador que pasa empujando su ridículo y abracabradante armatoste; otra vez á la caminata lenta, absurda y nuevamente al éxtasis ante un chico desharrapado que lleva en la mano media docena de alcachofas. Ahora es un perro sin rabo ni orejas; luego es un papel de fumar que cae en giros fantásticos y oscilantes desde un quinto piso, más tarde es un charco de agua que reluce sobre el asfalto lo que detiene la marcha perezosa del paseante caracol. Acabáis por reír, por sentir una alegría intensa y unos deseos frenéticos de besarlo y abrazarlo, de decirle á gritos:—¡Oh, amigo mío! ¿Es verdad que no tiene usted prisa, que nada en el orbe le preocupa, que le importa el

Universo medio pitoche? ¿Es cierto que ha leído usted á Epicteto y á Crisipo y á Perico el tonto y á Cacaseno y que ha resuelto usted el problema de la humana felicidad?—Y seguiríais estrujándole en vuestros brazos, si no fuera por miedo al *uppercut*.

Y estos hombres que no tienen prisa llevan acaso dentro un Napoleón, quien tampoco tuvo prisa en Lodi, ni en Jena, ni en Marengo, ni ante las Pirámides; preparan tal vez una magna edición de *La Gatomaquia*, con tres mil cuatrocientas veintitrés páginas de notas eruditas. ó una colección de todos los discursos pronunciados en el Congreso por Cambó. No es imposible que sea un pintor cubista que sorprende las cristalizaciones del paisaje en exaedros ó un poeta sentimental obstinado en perfeccionar la antimétrica del divino Rubén. Este solitario perezoso en lo externo tendrá mujer, hijos, suegra, quién sabe si acreedores feroces, rivales literarios que le acecharán como enconadas hienas; sufrirá apuros pecuniarios, angustias domésticas, celos, odios, ambiciones ajenas; y todo se lo pasa por debajo de la Metafísica y todo lo olvida en su caminar oscilante y errático, convencido de que también va despacio el rayo de luz que atraviesa los anchos espacios siderales cuando encuentra que, después de avanzar trescientos mil kilómetros en un segundo, halla ante sí el infinito por recorrer.

Es preciso mirar con respeto supersticioso á esos semejantes nuestros que no tienen prisa, que nos obstruyen el camino cuando más necesitados estamos de llegar pronto á alguna parte y nos desesperan con su odiosa mole flemática. Debemos contemplarlos como á los monumentos megalíticos colocados en medio de un camino real, de los cuales hay que desviarse con unción reverente, como las cumbres del Himalaya, que acaso no agujerearán nunca las vías férreas, como algo formidable, emblemático, definitivo, superior al tiempo y al espacio, que encierra en su lentitud el indescifrable misterio de los siglos.

Y, en todo caso, si el tiempo nos apremia, tocarles suavemente en el hombro, inclinarnos ante ellos con la más afable de nuestras sonrisas y decir con la inflexión más cortés y mejor timbrada:—Caballero: ¿me permite usted?

ANTONIO ZOZAYA

FOTOGRAFÍA DE SALAZAR



"De mi barrio", caricatura de "Sirio"

LA INÚTIL REDENCIÓN

SALÍA Tulio Moncada, como en todos los lívidos ortos, de aquel cafetín próximo al muelle, cuando un resplandor nuevo y una agitación desconocida en otros amaneceres le sorprendieron.

Pero á la izquierda, hacia los complicados recovecos de callejas próximas al puerto, con sus guaridas de crímenes, sus refugios de miseria, sus antros de vicio y sus fábricas con los ventanales de vidrios opacos, con las sirenas mugidoras que respondían á las mugidoras sirenas de los barcos, Tulio Moncada vió el cielo abrasado por ígneos resplandores que de cuando en cuando atravesaban como deshilachados pendones de motín, grandes ráfagas de humo negro.

Siempre es atrayente, en su fuerza asoladora de tragedia, un incendio. Y Tulio Moncada, aún tiritando de frío, de cansancio, de la larga vigilia frente á los vasos de whisky, se desvió del camino de todas las mañanas y acudió al lugar donde ardía un edificio y acudía la gente.

Su carnet de periodista le consintió avanzar más allá de la agrupación humilde, resignada y contenida, que veía arder aquella fábrica, donde tantas familias se compraban cotidianamente la vida á costa de la vida misma.

Por primera vez, después de tantos artículos literarios, de tantas poesías revolucionarias como había escrito Tulio Moncada, se dió cuenta de aquella cóncava abyección donde se agitaban los proletarios.

Había trescientos, cuatrocientos, seiscientos. De todas las edades, de todos los países. Viejos de barbas blancas, cabezas sin brillo y ojos lacrimosos como mendigos de leyenda; negros de facies agresivas en su inmovilidad y relucientes como mármol pulimentado; chinos más lívidos, más espectrales aún en aquella luz confusa de incendio y de amanecer; mujeres asexuales, con los ojos relucientes y hondos de tuberculosas, con las mejillas marchi-

tas y las cabelleras estoposas; jayanes de torsos atléticos y manos de orangután; mozalbetes encenques y canijos alzando sus cabezas en una violenta torsión de los cuellos comidos por escrófulas. Y, sobre todo, una vieja, colocada en el centro del grupo con una falda roja, con los pechos detenidos en su repugnante derrumbamiento por el vientre convexo sobre el que cruzaba sus manos deformadas, hinchadas, encallecidas por muchos años de labor, dura y constante. Era aquella vieja que destacaba sus rasgos pétreos de parca clásica bajo un pañuelo morado que la ocultaba y ceñía la frente, como el símbolo trágico de todos aquellos seres que en torno suyo había. Como si todos ellos hubieran salido de su vientre maldito é inagotable para dar hombres al dolor, á la miseria y al crimen.

Era tanta la resignación, la tristeza de aquella multitud silenciosa y estigmatizada por todos los síntomas degenerativos, que Julio Moncada se juró redimirla, libertarla de sí misma, arrancarle la propia abyección que la roía como un cáncer monstruoso.

ooo

Y desde entonces abandonó las falsedades literarias, las sensiblerías periodísticas por inútiles y por ineficaces. Acudió á los mítines propagandistas, á las conspiraciones misteriosas; pasó por el gabinete antropométrico de la policía y conoció la penumbrosa iniciativa física de los calabozos...

Pero sentía el orgullo de estar en el buen camino; de que inspiraba temor á los felices y á los que viven de custodiar esa felicidad ajena.

Por segunda vez volvió á encontrarse frente á la multitud. En una víspera de algarada popular. El les arengó desde un balcón con palabras que le abrasaban los labios y le enronquecían la garganta.

Al pie del balcón la multitud se agrupaba silenciosa é inmóvil, en aquel hacinamiento resignado de

bestias, uniendo sus hedores en una extensa tufarada de suciedad, de sudor, de fiebre. Estaban los mismos viejos de luengas barbas, los negros, los chinos, los jayanes hercúleos, los mozalbetes encenques, las mujeres embrutecidas y desposeídas de toda feminidad. Y en primera fila la vieja de la falda roja, las manos sobre el vientre hinchado, con su rostro inexpressivo y pétreo. La vieja que era como la madre de todos...

No supo arrancarles del mutismo de bestias ó de estatuas; no logró transmitirles aquel ansia de libertad, aquel rabioso deseo de un amor común, de una bondad unánime, de una felicidad que fuese como el sol, á todos magnánimo

ooo

Le enloqueció su cólera de redentor. Convencido de que era inútil la lucha colectiva, se lanzó él solo contra todo y contra todos. Abandonó las reuniones socialistas, los conciliábulos populacheros de una teatralidad fanfarrona. Lentamente, en la soledad fecunda de su cuarto, fué fabricando la bomba que luego, en una tarde soleada y de fiesta nacional, tiró contra el coche donde iba el Jefe del Estado, sonriente y pálido...

Y por tercera vez vió la multitud frente á él. Acudieron desde los barrios extremos en las frías opalescencias del orto, con esa malsana curiosidad de la gente baja por los espectáculos trágicos, para verle ajusticiar.

Tulio Moncada, antes de morir, fijó sus ojos, secos de lágrimas y tristes, en la multitud. Eran siempre los mismos: cobardes, resignados y abyectos. Y en el centro de ellos la vieja de los senos caídos, del vientre deforme miraba á Tulio Moncada con la indiferencia de la madre á quien la muerte de millares de hijos indefensos é infelices encalleció el corazón...



CAMARA-FOTO

Vista general de Las Palmas



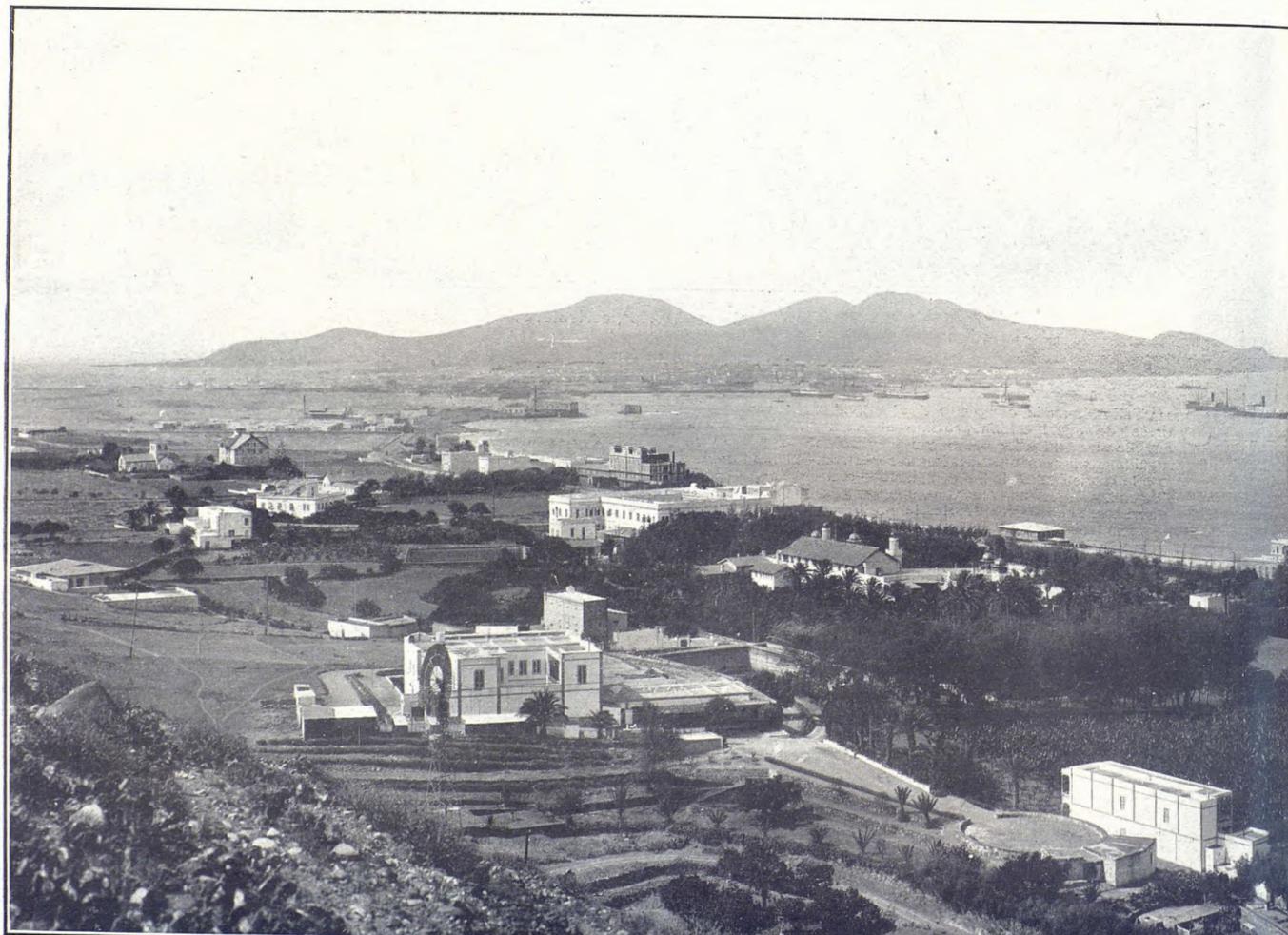
Viéndose el mar en último término

He aquí algunas fotografías de la Gran Canaria, la pintoresca y floreciente isla española del Atlántico. En todo tiempo fué famosa esta parte del Archipiélago canario, por la belleza de su paisaje y la benignidad de su clima, tan apacible que sólo podía comparárselo el de su vecina la isla de Madera. Pero desde hace algunos años, la Gran Canaria ha progresado notable-

mente, y su fama se ha extendido tanto que ya es una de las estaciones favoritas de los extranjeros. Los ingleses, principalmente, la prefieren con interés, y ya son numerosísimos los que dejan de residir temporalmente en la Madera para ir a la Orotava ó a Las Palmas. El contingente de forasteros ha hecho aumentar de modo considerable el número de hoteles y ha fomentado la cons-

trucción de otros edificios que son un adorno magnífico de las poblaciones canarias. La bondad del clima permite también la mayor variedad de cultivos, con lo que el suelo resulta sumamente rico y fecundo. La Gran Canaria es, pues, una porción de tierra favorecida por la naturaleza, allí donde los antiguos supusieron el fin del mundo y empezaban la leyenda y el misterio. En la

primera zona de las tres en que se divide la región desde hace muchos años, se da la palmera, el cocotero, el plátano y todos los demás vegetales intertropicales; en la segunda zona se dan la naranja, el limón y otras muchas frutas de nuestras provincias peninsulares de Levante, y en la tercera se produce la vegetación alpina y sus similares.



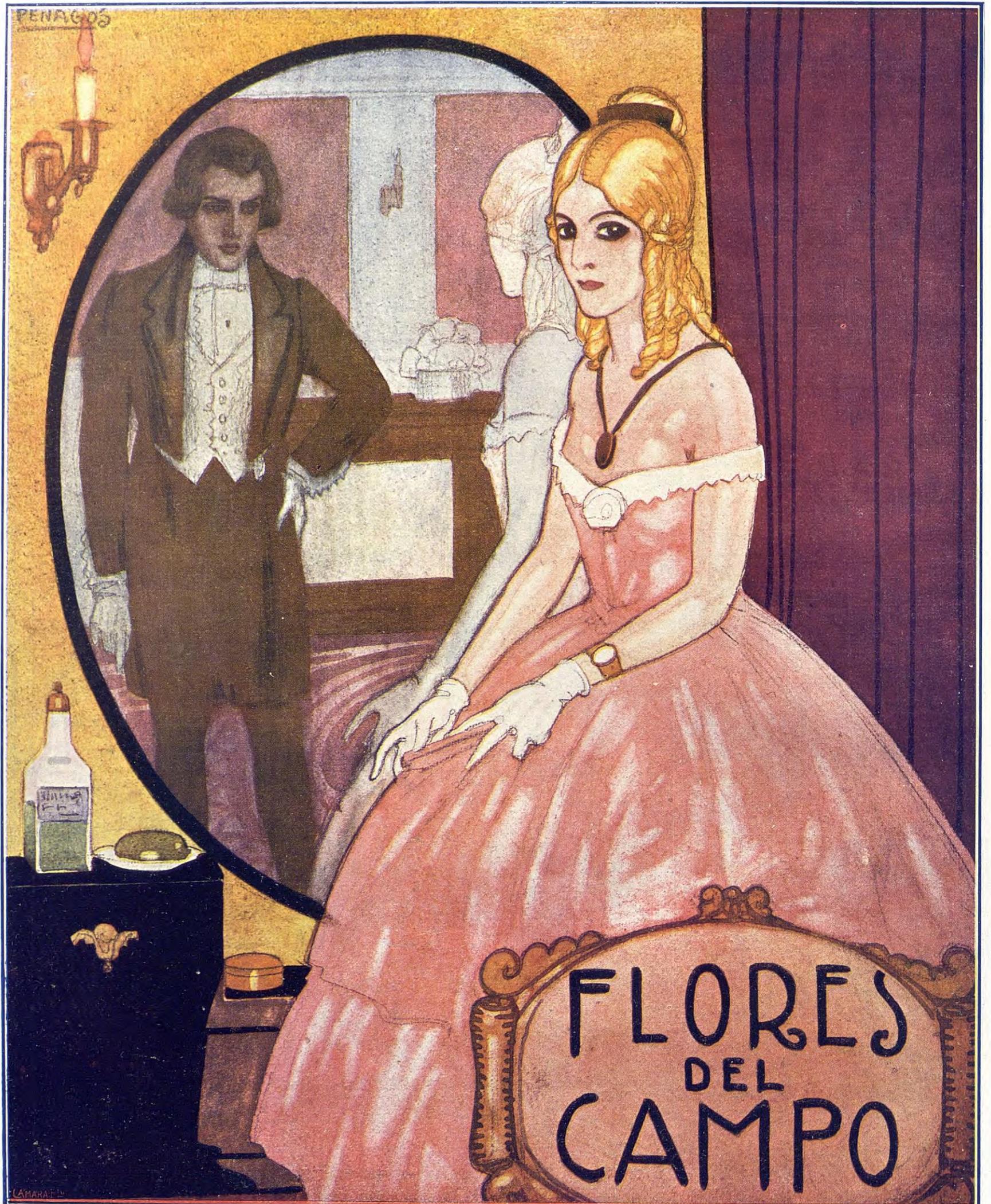
Pintoresca vista del Puerto



de la Luz, en Las Palmas

CAMARA-FOTO

FOTS. PERESTRELO



MARGARITA GAUTIER NO ERA UN DRAMA, SINO UN IDILIO

La inquietud llena de gracia y de talento de Catalina Bárcena ha dado una nueva inmortalidad a Margarita Gautier, *La dama de las camelias*. Otra vez se repite en los escenarios la historia de aquel amor tan triste en la pureza de su blancura, amor comparable a las flores favoritas de la cortesana, que murió del pecho porque tenía corazón; aquellas camelias bellas, pero sin perfume, igual que Margarita conservaba su ilusión cuando ya no recobraría la inocencia.

Armando Duval no podía comprender la complejidad tan sencilla de su drama. En 1840, año en que se estrenó la obra

de Dumas, nada tan lógico como el enigma que envuelve el corazón de Margarita y el cerebro de Armando. Hoy día no cuesta el menor esfuerzo hallar una satisfactoria solución...

Aquí está el JABON FLORES DEL CAMPO. Cada pastilla de ese exquisito producto de la PERFUMERIA FLORALIA constituye una tentación del lujo y el regalo sensual. Seduciría su perfume a Margarita en los tiempos de la orgía desenfrenada, ayudaría con su embriaguez al vértigo de la pobre machacha que quiere tornarse loca y olvidar todo. Aromas, músicas, joyas, derriten la voluntad femenil... Sin

embargo, imposible encontrar nada tan ingenuo y candoroso como los elementos que componen el JABON FLORES DEL CAMPO... Su nombre lo dice... El brujo alquimista creador de la PERFUMERIA FLORALIA se limitó a despostrar las praderas de su flora idílica, simple, primaveral... Del mismo modo, ¡oh, alucinado y terrible Armando!, la incomprendible Margarita Gautier oculta bajo las apariencias del vicio refinado y voluptuoso todas las claras alegrías, todas las bondades vehementes, de la juventud sana y soñadora...

D. BUJO DE PENAGOS